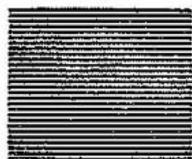


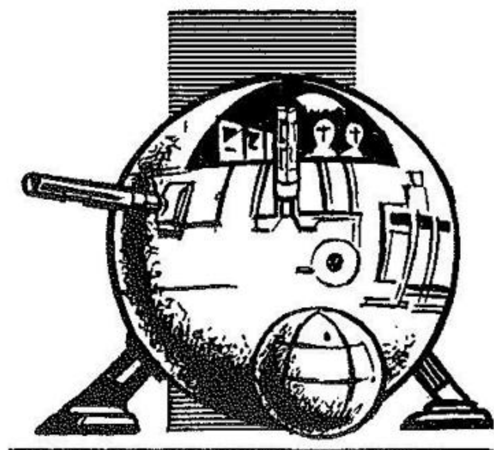

# LA INVASION DE LAS ESPORAS

ELLIOT DOOLEY

SOLO PARA ADULTOS



# héroes del ESPACIO





## ULTIMOS TITULOS PUBLICADOS EN ÉSTA COLECCION

120 — El universo misterioso, *Rocco Sarto*
121 — La cuarta pirámide, *Law Space*
122 — Conflicto en Lhupara, *A. Thorkent*
123 — ...Y ella le avisó, *Lem Ryan*
124 — Socios galácticos, *Ralph Barby*
125 — Embajada de lo imposible, *Curtis Garland*
126 — Enviados del cosmos, *Law Space*

ELLIOT DOOLEY

# LA INVASION DE LAS ESPORAS

**Colección**
**HEROES DEL ESPACIO n.º 127**
**Publicación semanal**

**EDICIONES CERES, S. A.**
AGRAMUNT, 8 — BARCELONA (23)

ISBN 84—85626—56—7
Depósito legal: B 24.011—1982

Impreso en España Printed in Spain

1.º edición en España: septiembre, 1982
2.º edición en América: marzo, 1983



Esta edición es propiedad de
EDICIONES CERES, S. A.
Agramunt, 8
Barcelona — 23

Impreso en los Talleres Gráficos de EBSA
Parets del Vallès (N—152, Km 21,650) Barcelona — 1982

# CAPITULO PRIMERO

La nube, densa y oscura, como un mal presagio, apareció en el cielo cuando se iniciaba el atardecer.

Parecía una nube tormentosa, igual que otras muchas que aparecen en verano y suelen desencadenarse en rápida y fugaz tormenta. Sólo que aquella nube no era como las demás.

Era una nube que traía la muerte en su seno.

Se extendió por el cielo semejante a una amenaza que se plasma al crecer y ampliar su campo de acción.

Y eso era, precisamente, lo que estaba haciendo: abarcar el máximo de terreno.

El bosque y el lago.

Las criaturas del bosque lo abandonaron chillando, graznando, aullando... Ningún animal vivo quedó entre las copas de los árboles, ni en los matorrales. Prevenidos por el instinto todos huyeron de aquella mortal amenaza.

Los peces del lago continuaron en el agua, pero se sumergieron hasta el fondo, buscando en éste la salvación.

Pero, en la superficie, quedaron dos parejas de seres humanos: dos hombres y dos mujeres.

Jugaban como chiquillos traviesos.

Los cuatro estaban desnudos como gusanos y reían al perseguirse, acariciándose sensuales cuando se atrapaban, hundiéndose en el agua estrechamente enlazados...

Jacqueline besó apasionada al fortachón Irving y luego salió corriendo del agua, hacia los matorrales, gritándole traviesa:

—¡A que no me alcanzas!

—No me desafíes o te enseñaré lo que es bueno.

—¿Enseñarme tú?... ¡No seas tan fanfarrón!

—¡Espera y verás! —gritó a su vez Irving, en tono de riente

desafío.

—No te esperaré, pero te apuesto lo que quieras a que no me pillas. ¡Eres demasiado torpón para eso!

Irving salió a su vez del agua y soltó una risotada.

—Concreta lo de tu apuesta, muñeca.

—¿Te vale un beso?

—No. Eso es muy poco. ¡Quiero más!

Ella pareció pensarlo y luego dijo:

—Entonces apostaré una docena. ¿Vale ahora?

Irving movió la cabeza negativamente.

—Sigue pareciéndome poco. Prefiero algo más... sustancioso. Piensa en algo más atractivo.

Jacqueline se detuvo al borde mismo de los matorrales y giró el cuerpo hacia Irving. Desnuda como estaba, paseó las manos por sus senos y por la tersura de su vientre, en gesto provocativo e incitante, y gritó:

—Ya te lo dije antes, tontaina. ¡Te apuesto todo lo que tú quieras!

Después de pronunciadas aquellas palabras, Jacqueline se dejó caer en el suelo, de rodillas, mirándole lúbricamente.

Esperando...

Irving no necesitó de más alicientes para correr adonde estaba ella. Con los brazos abiertos, las manos crispadas y los ojos brillantes de deseo.

Al llegar junto a la muchacha, él permaneció unos instantes erguido, contemplándola, deslumbrado ante el sensual espectáculo que Jacqueline le estaba ofreciendo con su impúdica pero tremendamente atractiva desnudez.

—¡Eres preciosa...!

Jacqueline respondió haciendo un mohín de impaciencia:

—Y tú eres un bobo. ¡Vaya manera de perder un tiempo tan precioso!

—No tengas tanta prisa. ¡Tenemos todo el tiempo del mundo!

Pero mientras contestaba, como si las palabras de Jacqueline hubiesen herido su amor propio varonil, Irving se dejó caer encima de ella, cubriéndola enteramente con su cuerpo, cerrándole los labios con su boca hambrienta, besándola con toda la fogosidad de que podía ser capaz.

Ella cerró los ojos y gimió de placer.

En aquella postura, íntimamente acoplados, ninguno de los dos podía ver lo que ocurría con la nube.

Igual que una lluvia muy densa, del interior de la nube brotaban esporas a raudales.

Caían sobre la tierra.

Invadiéndola

* * *

Dentro del lago, Martha y Josua habían suspendido sus juegos para ver qué hacían sus amigos. Sonrieron comprensivos cuando los dos se reunieron junto a los matorrales. Luego, como contagiados, ambos se miraron con deseo al ver que la otra pareja se unía en un abrazo febril y apasionado.

Josua pasó un brazo por la cimbreante cintura de la joven y, acariciándola con la mano, fue empujándola fuera del lago, llevándola a la orilla.

—¿Qué haces? —susurró ella, mimosa, a pesar de que estaba clarísimo lo que pretendía Josua al sacarla del agua.

—¿Tú qué crees?

—No sé... —mintió Martha.

—Te falta un poco de imaginación.

—Es posible. ¿Por qué no me das una pista?

Josua pegó su cuerpo contra el de la muchacha, para que ésta pudiera sentir, a través de aquel contacto, toda la intensidad de su deseo.

Ella suspiró cuando Josua la derribó en la misma orilla y se tendió sobre su cuerpo.

Ambos experimentaban la misma codicia y avidez de placer. Lo sentían claramente y no tenían por qué engañarse.

Martha se abrió palpitante al acuciante deseo del hombre, pero también cerró los ojos, embriagada por el tremendo goce que experimentaba al recibirle en su interior.

Tampoco ellos dos se dieron cuenta de la proximidad de la nube que se cernía, sobre sus cabezas.

Estaban demasiado embebidos en el acto de amar para pensar en nubes tormentosas ni en nada por el estilo.

Ni Martha ni Josua podían sospechar que las esporas estaban iniciando la invasión de la Tierra.

Y las esporas siguieron cayendo a cadencia vertiginosa.

Les alcanzaron.

Aquellos diminutos corpúsculos se rompieron al chocar contra los cuerpos carnosos de los humanos.

Martha lanzó un chillido penetrante al sentir el brutal y mordiente impacto de las primeras esporas aferrándose a su carne.

Al mismo tiempo aulló Josua.

Y más allá, junto a los matorrales, Jacqueline gritó desesperada y empujó a un lado a Irving, apartándose de su cuerpo, mientras que él se revolcaba por el suelo sin que por ello pudiese evitar la abrasante mordedura de las esporas cuyo número crecía en cuestión de minutos.

A continuación, los acontecimientos se precipitaron con rapidez de vértigo.

Ni las dos mujeres ni tampoco los hombres pudieron eludir aquellos mordiscos hambrientos, de brutal e insaciable voracidad. Sintieron que la carne se desgarraba y que la sangre que brotaba de sus heridas era bebida ávidamente por las monstruosas esporas que, con su líquido vital, cobraban más fuerzas.

Los alaridos de los humanos crecieron en intensidad. A ninguno de ellos se les ocultaba que les esperaba una muerte tan horrible como inminente.

El fin se aproximaba segundo a segundo.

Poco a poco, las voces desesperadas, los gritos angustiosos fueron apagándose.

Y cesaron por completo.

Junto al lago sobrevino un silencio ominoso.

Los cuatro seres humanos habían dejado ya de existir, devorados por las esporas, que, encima de lo que todavía, quedaba por consumir de sus cadáveres, seguían creciendo de tamaño.

Aquellos diminutos monstruos, llegados del espacio exterior, tras haberse plasmado en una forma nebulosa, se estaban alimentando con los cuerpos de Martha y de Josua, de Jacqueline y de Irving.

Y eso, aunque pareciese una ' locura, no era nada más que el principio de algo aterrador.

La invasión de 1a Tierra por las esporas no había hecho sino

comenzar

# CAPITULO II

Xav Halland pilotaba su confortable y rápido Z—37 en dirección a los Laboratorios Experimentales Merircourt, emplazados en una zona prácticamente desierta y dotada de las máximas y más sofisticadas medidas de seguridad.

A cualquiera que no fuese el joven pero eminente científico le habría aburrido la monotonía del lugar. Pero no a él, que vivía entregado por completo a su trabajo de investigación.

Aquella era su vida. La que él había ambicionado. Por eso se sentía tan a gusto en los Laboratorios Experimentales.

Xav silbaba alegremente mientras el Z—37 devoraba la distancia que le separaba de su meta. Era una tonadilla ya más que pasada de moda, pero que traducía la satisfacción que embargaba al joven científico, el cual se comportaba como hombre al que todas las cosas le salen a pedir de boca.

Y tenía buenos motivos para ello.

Sin ir más lejos, aquella misma tarde, cuando expuso ante el Consejo Superior su teoría acerca de la vida protoplasmática en algunos de los planetas del espacio exterior, apenas si fue objeto de oposición por parte de los veteranos profesores que integraban aquel poderoso organismo.

Aquello representaba no sólo un éxito personal, en lo relativo a sus ideas acerca de la vida, sino, sobre todo, un avance en su carrera.

—Estoy seguro —murmuró entre dientes—, que me darán los medios necesarios para proseguir mis investigaciones e incluso es posible que sea promocionado a un grado superior.

Sí, Xav Halland tenía razones más que suficientes para estar satisfecho de sí mismo.

¡Qué lejos quedaba ya el tiempo en que debía esforzarse en complacer al caduco profesor Fran Ts'aon!

Aquellos fueron años de ininterrumpidas humillaciones por parte de un vejestorio que no toleraba ningún joven talento a su lado. Por eso, al descubrir su valía, Ts'aon no vaciló en hacerle poco menos que la vida imposible.

Sin embargo, como decía el reverendo Sayers, habida cuenta de la ley de compensación del universo, todo alcanzaba finalmente una solución perfecta.

La solución para Xav Halland fue la muerte del profesor Fran Ts'aon en cuyo lugar fue destinado Beck Thanauris, el cual, apenas captó las posibilidades que le ofrecían el talento de Xav convirtió a éste en su primer ayudante, razón por la cual, al morir él a su vez resultó lógico que Halland fuera designado para sustituirle al frente del departamento.

Xav sonrió al recapitular todo aquello.

¿Qué más podía desear?

La verdad es que le quedaba muy poco por conseguir. De ahí que mientras manejaba su Z—37 continuase silbando alegremente.

Además, la noche era clara y el cielo estaba completamente despejado, a excepción de una pequeña nube que acababa de aparecer en el horizonte.

Xav no le prestó apenas atención a aquella nube.

¿Por qué había de hacerlo si era muy pequeña y parecía totalmente inofensiva?

Sin embargo no era así.

Se trataba de una nube mortífera.

Pero Xav Halland lo ignoraba.

Todavía…

No se enteraría de la inminencia del peligro hasta que estuviese cerca de la primera barrera de seguridad de los Laboratorios Experimentales y viese que la nube había crecido de tamaño en forma exorbitante y que su color había pasado de gris claro al más ominoso de los negros.

Entonces sí se alarmó y estableció comunicación con la Central de Comunicaciones de los Laboratorios.

—Habla el profesor Halland…

—Diga, profesor —respondió el encargado de transmisiones.

—¿Habéis visto la nube que se cierne sobre vosotros?

—Sí, profesor. Los de Meteorología ya la están investigando desde

hace un rato.

—¿No tienen ninguna referencia?

—Son un tanto extrañas y están haciendo verificaciones.

—Explíquese. ¿Qué es eso que dice es extraño?

El encargado de transmisiones carraspeó antes de contestar.

—Verá, profesor. Parece mentira, pero dicen haber captado vida vegetal en el interior de la nube.

—Eso no es demasiado extraño. Puede haber arrastrado en su seno elementos vegetales captados durante una tormenta...

—Sí, claro. Y eso mismo pensaron los de Meteorología, pero es que hay más.

—¿Más?

—Sí, profesor. Junto con la vida vegetal en esa nube se capta la presencia de elementos vitales humanos.

—¿Como cuáles?

—No se sabe aún con exactitud, pero los de Meteorología aseguran que se trata de células animales..., humanas para ser más exactos. Y eso ya no es nada normal.

Xav Halland frunció el entrecejo y gruñó algo ininteligible. Después ordenó:

—Avise a los de Meteorología que me reuniré con ellos inmediatamente. Me dirijo a la puerta seis. Avise a Seguridad.

—Lo haré inmediatamente, profesor.

Xav cortó la comunicación y, sintiendo una vaga aprensión, miró a la nube que parecía planear sobre la amplia zona en que estaban instalados los Laboratorios Experimentales Merircourt, pero muy en particular encima de la zona correspondiente a las puertas de acceso a aquéllos, como la dos, cuatro y seis.

* * *

El caporal Loder salió del recinto de la guardia para estirar un poco las piernas. Estaba harto de permanecer encerrado en aquel reducto que le parecía tan lóbrego como un calabozo. Ya no le distraían ni las proyecciones visuales porque establecía comparaciones entre el mundo del que estaba alejado y aquél en donde se veía obligado a vegetar.

Y es que lo suyo —así lo decía malhumorado— no era vivir como un ser humano, sino vegetar.

Loder sintió que el aire se hacía denso y entonces alzó la vista para fijarla en la nube.

—¡Maldita sea! —rezongó fastidiado—. Ahora sólo faltaba que encima caiga uno de esos chaparrones de verano.

Le pegó un puntapié a una piedra que halló al paso y dirigió una mirada en torno suyo.

Cuanto alcanzaba a ver era terreno árido, reseco y casi agrietado. Quizás hubo un tiempo en que aquellas tierras estuvieran sembradas, pero desde que se instalaron allí los laboratorios había desaparecido todo rastro de vida, vegetal o animal.

—¡Es un paisaje asqueroso!

Sin dejar de maldecir su mala suerte, el caporal dio media vuelta y fijó la vista en las altas y macizas edificaciones de los laboratorios. Eran semejantes a una fortaleza constituida por varios bloques, debidamente aislados entre sí, como compartimentos estancos en base a las medidas de seguridad.

—Claro que ahí los señoritos de investigación no se privan de nada —farfulló sin dejar de mirar a los edificios de los laboratorios que contaban, además, con alta torres para expulsión de humos provocadas por la cremación de desperdicios.

El caporal volvió instintivamente la cara hacia el recinto destinado a la guardia y su malhumor creció al instante.

—¡Qué diferencia entre lo que tienen los unos y lo que nos dan a los otros! Ni que ellos fuesen los mandamases y nosotros simples monos habladores. Cuando quieren una tía sólo tienen que pedirla y a los pocos minutos ya pueden pegarse un revolcón. En cambio, para que nos la concedan a los de la guardia tenemos qué hacer la solicitud en cien ejemplares y ¡que si quieres arroz Catalina…!

Loder examinó con ojo crítico el reducto donde se alojaban él y su escuadra y continuó renegando.

En ese instante, uno de sus hombres apareció en la puerta del recinto para gritarle:

—¡Caporal, venga en seguida!

—¿Qué sucede?

—Nos avisan de comunicaciones que se acerca un jefazo.

—¿Sabes quién es? —inquirió él, avanzando hacia el reducto de

vigilancia.

—Sí, mi caporal. El profesor Halland en persona.

Al oír aquel nombre Loder sonrió complacido.

Había oído hablar mucho del joven científico, del que se decía que era justo y equitativo.

«Le hablaré de la necesidad que tenemos aquí de entretenernos y de pasar algún rato agradable… Quizá nos mande algunas tías y podamos refocilarnos a nuestras anchas.»

Apretó el paso y alzó la voz:

—Ahora mismo me reúno con vosotros. Quiero decirle dos palabritas al Halland ese.

El soldado asintió con un gruñido y se metió dentro del recinto, pero dejando la puerta abierta.

Y, en aquel preciso momento, se abrió la nube para dejar caer las esporas carnívoras que llevaba en su seno.

El caporal no 03/6 ningún ruido y como además sólo pensaba en hablar con el profesor Halland, el ataque de las esporas le pilló por sorpresa.

Desprevenido.

La primera noticia que tuvo de la agresión fue cuando varias esporas se incrustaron en su carne.

Mordiendo…

Succionando la sangre.

Creciendo al mismo tiempo que a él le iban arrebatando la vida.

Loder gritó pidiendo auxilio.

Dos de sus hombres salieron presurosos, empuñando sus armas, con ánimo de defenderle.

Cometieron un tremendo error.

Un error mortal.

Aquel era un peligro contra el cual no habían sido preparados para combatirlo.

Las esporas cayeron también sobre ellos.

Y les derribaron para tenerlos a su entera merced.

Para devorarlos.

Lo que hicieron sin pérdida de tiempo.

Los gritos de las víctimas atrajeron fuera del recinto a los restantes componentes de la escuadra de vigilancia, del ya difunto caporal Loder.

También ellos sucumbieron bajo los voraces mordiscos de las malditas esporas.

No se salvó nadie.

Y las esporas crecieron de tamaño deslizándose después al interior del recinto, donde se abatieron sobre una pobre perra, que aullaba lastimera tratando de proteger a su carnada.

Los cachorrillos murieron devorados rápidamente por las esporas, borrando así todo rastro de vida de aquel reducto.

Las sofisticadas medidas de seguridad de los Laboratorios Experimentales Merircourt se habían revelado totalmente ineficaces. E igual que allí había sucedido en las puertas dos y cuatro. También sus guardianes habían sido devorados, como los de la puerta seis a la que en aquellos momentos, tripulando su Z—37, se dirigía el profesor Halland, ignorante del peligro a que iba a tener que enfrentarse.

Un peligro que sólo estaba empezando a manifestarse.

Aunque de un modo trágicamente mortal.

Cobrándose vidas humanas.

Devorándolas…

# CAPITULO III

El anaranjado sol, brillante y ardoroso, se reflejaba en el azul límpido del mar o parecía acariciar con sus rayos los hibiscos y buganvillas del jardín.

La casa, de construcción colonial, estaba muy próxima a la playa y, bajo aquel sol de fuego, parecía más blanca que nunca.

Tendida en una *chaise—longue*, la brillante estrella Karol Charme dejaba que los rayos solares tostasen por entero su cuerpo, que les ofrecía completamente desnudo, como en una fiesta pagana.

Junto a ella, sentado en una mecedora, con un vaso de julepe en la mano —bebida que estaba considerada como una reliquia del pasado—, Orthe Manszar miraba distraído al cielo, ya que el cuerpo de la estrella carecía de secretos para él.

Por esa razón Orthe descubrió la aparición de la nubecilla oscura en lontananza, pero, viendo lo pequeña que era, no le concedió la menor importancia.

Además, tanto él como Karol estaban en Miami Beach disfrutando de unos días de descanso. No tenían ningún rodaje en perspectiva hasta fin de mes. Y faltaban por lo menos dos semanas.

Orthe volvió su atención, al julepe, que saboreó con la delectación de un sibarita.

—Hay que reconocer que los antiguos vivían mejor que nosotros ——comentó acariciando el vaso.

Karol giró el rostro hacia él, sorprendida de oírle hablar como cualquier retrógrado.

—¿Te refieres a algo concreto?

—Naturalmente, querida.

—¿A qué?

—A lo que bebían... —volvió a acaricar el vaso— y también a lo qué comían. Ellos no tragaban esa porquería de condensados caloríficos que son la base de nuestro actual sustento... pero que no tienen ningún atractivo para el paladar.

—Eso no es cierto, Orthe, y tú lo sabes. Cualquier condesado tendrá el sabor que tú pidas.

El actor hizo una mueca de asco.

—¿Sabor?... Sí, claro, el mismo que puedes encontrar en la boca de una chica cuando la besas... mientras ella mastica chicle. ¡Y eso si no se te pega la goma!

Karol rió entre dientes y pasó su sonrosada lengua por los labios, que tenían todo el atractivo de las fresas en sazón.

—¿Insinúas que mis labios saben a *chewing—gum*?

—No, querida —replicó él acercándose a la estrella—. Los tuyos saben a gloria o, mejor aún, a un afrodisíaco.

Karol le miró a través de sus largas pestañas.

—¿No te animas a probarlos?

—Si eso te apetece...

Al hablar, Orthe se había levantado de su mecedora para acercarse a la *chaise—longue* en que estaba tendida Karol.

Ella alzó ambos brazos incitándole a aproximarse más.

Orthe miró distraídamente al cielo y vio que la nube ya no era tan pequeña como antes y que, además, se estaba tornando más oscura. Sin embargo no pensó que presagiase ninguna tormenta.

Además, Karol estaba allí, ofreciéndose como una tentación viviente. Y él no era hombre que rechazase nada semejante.

Como solía decir, plagiándolo de no sabía quién, «las tentaciones están hechas para sucumbir a ellas».

Y Karol era la más seductora y apetitosa de las tentaciones a las que valía la pena ceder.

Disfrutando de ella al máximo.

Con esa idea, Orthe se abrazó al cuerpo desnudo de la estrella, que gimió como una gata encelada al experimentar el arte con que él sabía acariciarla.

La nube, entretanto, continuaba creciendo y avanzando.

Pero la pareja estaba ajena á todo io que no fuese consumar las ansias que les dominaban.

La pasión cobró mayor fuerza cuando ambos se hundieron en el vértigo del deseo hecho carne.

Sólo que su carne tenía un atractivo intenso para algo que no eran ellos, sino unas pequeñas esporas.

La nube había seguido avanzando y se hallaba ya sobre la casa de

estilo colonial cuando ambos alcanzaron el clímax.

Karol dejó escapar un gemido de placer, en el mismo instante en que se abría la nube y de su interior brotaban las esporas que caían mansas, pero incesantemente hacia el suelo.

También Orthe gimió de gusto, pero luego el sonido se convirtió en alarido.

Las primeras esporas, asentadas en su espalda y nalgas desnudas, habían empezado a morder.

A devorar…

A matar.

Y Karol aulló a su vez al sentir en su carne la espantosa mordedura de los hambrientos y aún diminutos monstruos.

La sangre brotó de las heridas, para ser succionada rápida y vorazmente por las esporas, que empezaron a crecer.

Los hermosos cuerpos de la estrella y del actor se convirtieron en cadáveres que estaban siendo despedazados, como si millares de pirañas se cebasen en ellos.

Karol y Orthe no experimentaban ya el menor dolor.

Los muertos no sienten.

Aunque sirven de pasto a bestezuelas como aquellas esporas carnívoras.

Y la invasión de la Tierra continuaba…

Con nuevas víctimas.

* * *

El profesor Xav Halland se sorprendió al no ver ante la barrera de la puerta seis a ninguno de los guardias. Descubrió, sí, a las esporas, pero todavía no les prestó atención.

Hizo sonar el claxon reclamando la apertura de la barrera electrónica y, al no ver a nadie ni recibir respuesta, maldijo a los guardias que se mostraban tan eficientes.

Por un instante estuvo tentado de apearse de su Z—37 para ver qué estaban haciendo quienes, lógicamente debían de estar alerta y en sus puestos.

Recordó entonces lo que le había dicho el encargado de Comunicaciones.

Me ocuparé después de estos individuos —pensó Irritado —, y les castigaré para que aprendan a no abandonar su puesto. Pero ahora lo primero es ir al departamento de Meteorología.»

Sin saberlo, Xav Halland acababa de salvar su vida.

De haber salido del vehículo, las esporas, que todavía permanecían en el suelo, le habrían atrapado y tras hacer presa en él lo hubiesen devorado como hicieran con los soldados.

Halland restableció la comunicación con el servicio de comunicaciones, informando de lo que sucedía.

—Nadie me abre la barrera. Ordene que sea accionada desde ahí. ¡Aprisa!

—¡Qué cosa tan extraña!

—¿Qué hay de extraño en que unos guardias se embriaguen? Seguro que los encontraremos después borrachos como cubas,

—Pero es que no hace ni cinco minutos que hablé con uno de ellos y me pareció completamente normal.

Halland se encogió de hombros.

—Lo que sea ya lo averiguaremos después. Ahora ¡quiero que se me abra la puerta.

—Sí, señor. Inmediatamente.

Mientras esperaba que se cumplimentara aquella orden, Halland preguntó con cierta impaciencia:

—¿Avisó ya a los de Meteorología?

—Naturalmente, profesor. Y debo añadir que la doctora Tarfey, de Histología, se encuentra también allí paia colaborar.

—Perfecto. Es una buena idea.

Xav lo pensaba de veras, pero por más motivos que los puramente científicos.

El director de los laboratorios admiraba a la doctora Tarfey y no precisamente por sus conocimientos, sino por sus cualidades físicas.

Bastaba verla luciendo sus ajustados uniformes de trabajo, que señalaban las prominencias de su cuerpo, para quedar seducido por aquellas curvas más propias de una estrella de cine que de una mujer dedicada a ciencia.

Xav se pasó la lengua por los labios imaginando cómo debía estar la profesora cuando se mostrase desnuda.

Pero… ¿lo hacía?

Y si era así, ¿quién podía presumir de ser el afortunado mortal

que se la beneficiase?

En los Laboratorios Experimentales nadie había dicho lo más mínimo de ella. Y eso indicaba o que el feliz beneficiario era sumamente discreto o, lo que parecía más probable, no existía como tal y la plaza continuaba estando libre.

—¡Ojalá fuese para mí! —exclamó entre dientes el profesor Halland, apretando el pulsador de aceleración, al ver que la barrera de la puerta seis acababa de ser alzada.

El vehículo volvió a ponerse en marcha y a su paso cientos de esporas quedaron aplastadas.

Convertidas en un residuo polvoriento, al que se entremezclaba algo de sangre humana.

Pero eso Xav Halland no alcanzó a verlo.

El científico pensaba ya en lo que le aguardaba en el departamento de Meteorología, pero más que nada era que allí encontraría a la sugestiva y atrayente profesora Tarfey.

* * *

Salda Tarfey examinaba con atención los gráficos proporcionados por el cerebro electrónico de los laboratorios, y escuchaba al mismo tiempo las explicaciones de Ikon Dadskiof.

—Por lo que hemos podido averiguar no se trata de elementos procedentes de la biosfera, sino del espacio exterior.

Ella le miró extrañada.

—¿En qué se basa para hacer esa afirmación?

—En los datos conseguidos. Cuestión de pura rutina.

Dadskiof carraspeó dejando que su mirada resbalase por las sugerentes curvas del busto de la profesora Tarfey. Luego dijo:

—Ya sabe que entendemos por biosfera, o esfera de vida, la zona que en varios kilómetros de espesor rodea a nuestro planeta y donde se desarrolla el fenómeno de la vida.

—Claro que lo sé. No me dieron el título de doctora en un sorteo —contestó ella sarcàstica.

Ikon Dadskiof pasó por alto el comentario.

—Resumiendo el funcionamiento de la biosfera nos encontramos con que en el exterior hay una fuente de energía, representada por la

radiación solar, mientras que en el interior, en la biomasa, es donde se desarrollan los fenómenos de metabolismo, al término de lo cuales unos organismos nacen, otros mueren, en tanto que hay los que se alimentan de otros formando cadenas alimentarias en un permanente y gigantesco ciclo biológico, en cuya salida, materias y formas de energía pasan de un estado biológico a otro, iniciándose con el ciclo de la energía solar, que constituye la verdadera fuente de vida de la Tierra...

La profesora Tarfey hizo un gesto de impaciencia Pero Dadskiof no pareció haberse fijado en ello, pues prosiguió diciendo:

—A partir de la radiación solar las plantas verdes pueden realizar el proceso de la fotosíntesis, transformando la materia inerte en materia orgánica y liberando oxígeno, con lo que se inicia un nuevo ciclo. Y éste no sólo sale de la vida, sino que es al mismo tiempo un mantenedor de vida.

—Le entiendo, doctor —interrumpió ella—, pero quisiera saber adonde piensa ir a parar. ¿Qué tiene que ver todo eso con las huellas de vegetales y de sangre animal en aquella nube?

Ikon volvió a carraspear al tiempo que apoyaba una mano en el torneado hombro de la hermosa históloga.

—Si no me interrumpe lo sabrá en seguida.

—De acuerdo. Continúe...

La profesora Tarfey pensó que Dadskiof debía imaginarse que estaba dando clase a sus alumnos y se armó de paciencia, sin captar en su hombro la presión de aquellos dedos huesudos que se tornaban un tanto acariciantes.

—Volviendo a lo que iba..., las plantas verdes y los detritos constituyen el alimento de los animales herbívoros y éstos, a su vez, son presa de los carnívoros, formando el conjunto toda una serie de cadenas alimentarias. Finalmente, los restos de dichos animales y las materias orgánicas en descomposición son transformados por las bacterias, regenerando los elementos y sustancias minerales que volverán a las plantas verdes y posibilitarán la continuación del proceso de fotosíntesis y del ciclo biológico global.

—Sigo sin comprender lo que pretende decir...

Ikon enarcó una ceja, como si le molestara semejante incomprensión, y al mismo tiempo su mano comenzó a deslizarse hombro abajo, hacia la cúspide de los senos de la atractiva doctora.

—Antes le dije que disponíamos de ciertos datos. Ahora me ceñiré a ellos para que me comprenda mejor.

Ella le invitó con la mirada a seguir hablando. Dadskiof así lo hizo sintiendo al mismo tiempo que una corriente eléctrica recorría su cuerpo, partiendo de las yemas de sus dedos y llevando a su cerebro unos impulsos sexuales que difícilmente podía contener.

—En el interior de la nube hemos detectado claramente la existencia de una especie de vida, que podríamos llamar vegetal, si no fuera porque no hay paralelismo en nuestra galaxia con ninguna forma semejante. Pero, al mismo tiempo, hemos registrado la presencia de elementos celulares que son propios de nuestro mundo.

La profesora frunció el ceño. Lo que acababa de indicar Dadskiof era grave y su atención quedó captada por lo que continuaba exponiéndole.

—Según esos datos hemos llegado a la conclusión de que en la nube hay unos elementos, que de momento llamaré vegetales, pero de una constitución ignorada totalmente por nosotros, lo que nos lleva a asegurar que proceden del espacio exterior, y a los que las radiaciones, solares o de otro tipo, a que han estado expuestos, les han convertido en una especie de fagocitos respecto a la vida animal.

—¿Insinúa que esos... vegetales están alimentándose con seres pluricelulares terrestres?

—No lo insinúo, profesora. ¡Lo afirmo!

Y, al expresarse así, tajantemente, los dedos del lujurioso profesor Dadskiof se apoderaron del prominente pezón izquierdo de la apetecible Saida, que pegó un respingo.

—¡Las manos quietas!

—No puedo contenerme... Su presencia me turba... ¿Le han dicho que es una mujer enloquecedora?

Al tiempo que hablaba, Dadskiof siguió manoseando el busto turgente de la doctora, mientras trataba de atraerla contra su cuerpo y su boca ávida buscaba los labios jugosos de Saida.

Ella reaccionó rápida y fulgurantemente.

Del empujón que le propinó la doctora, Dadskiof salió despedido contra el muro. Se tambaleó, mientras trataba de asirse a la manilla de seguridad del ventanal que se extèndia a todo lo largo del departamento de Meteorología y que daba acceso a un *solarium* natural.

Saida fue tras él y volvió a empujarle, increpándole con dureza, tratándole de viejo libidinoso y soltándole otras lindezas por el estilo. Dadskiof comprendió su error y se apresuró a tratar de escapar a la ira de la históloga.

En su afán de huir a la cólera que él había provocado con su manejo, no se le ocurrió otra cosa mejor que abrir uno de los paneles que daban acceso al *solarium*.

Ikon Dadskiof cometió entonces su segundo error. El más grave de su vida.

Cerró el *solarium* de forma que la doctora no pudiera ir detrás de él, y, a través del transparente pero hermético ventanal, se rió de la mujer que, iracunda, cerró a su vez desde el interior, para que tampoco Dadskiof pudiera regresar al departamento.

En ese instante la nube se mecía ya sobre las edificaciones de los Laboratorios Experimentales, igual que un monstruo al acecho.

Como lo eran las esporas que estaban en su interior.

Al mismo tiempo, ajena al peligro que se cernía sobre su impetuoso adorador, la profesora Tarfey volvió a sentarse para examinar con más detenimiento y renovada atención los datos y gráficos suministrados por Dadskiof.

En cuestión de segundos la mujer se embebió en su trabajo, olvidándose por completo del jefe del departamento.

Pero las esporas no sólo no le habían dejado a un lado sino que, brotando de su nube como fatídica lluvia, caían ya sobre él por docenas, a cientos, aferrándose a su cuerpo, para morderle.

Devorándole aún estando vivo.

Igual que animales carniceros,

Dadskiof gritaba en vano.

Los puños del científico golpeaban con fuerza el panel transparente que separaba el *solarium* de su departamento.

Inútilmente.

Para Ikon Dadskiof había llegado la hora de pagar por sus errores y, en especial, por el último.

La insonorización y el cierre hermético que separaba las diferentes instalaciones de los Laboratorios Experimentales, en razón de las medidas de seguridad, impedían que la doctora Tarfey pudiese oír los gritos desesperados de Dadskiof, ni los violentos golpes que propinaba al panel, en tanto se iba desplomando, mortalmente

herido por las voraces esporas.

El jefe del departamento había vislumbrado gran parte de la verdad respecto a la naturaleza de sus asesinas, pero no alcanzó a calibrar la magnitud, ni la gravedad del inminente peligro que le acechaba y que se concretó en una sentencia de muerte apenas salió al *solarium* exterior.

Desear a las mujeres era la mayor de las debilidades del eminente Ikon Dadskiof.

Ceder a su pasión y tratar de seducir a la profesora Tarfey fue un grave error.

Tratar de escapar a la cólera de la hermosa mujer refugiándose en el *solarium* fue otro error.

Pero éste era el mayor error que pudo cometer en su existencia porque fue el último.

Aquel era un error que sólo podía pagarse con la vida.

Tal y como — merced al ataque de las esporas carnívoras— estaba sucediendo en aquellos precisos instantes.

# CAPÍTULO IV

Xav Halland salió de su Z—37 y confió el vehículo a o de los hombres de Seguridad que habían salido a encuentro. Miró ceñudo al oficial Zerkog y le espetó:

—¿Alguna novedad respecto al paradero de la guardia de la puerta seis?

—Ninguna, profesor, pero...

—¿De qué sirven ustedes, los de Seguridad, si se les escapa algo tan elemental?

Zerkog hizo un gesto malhumorado y replicó:

—Hacemos lo que podemos, profesor.

—Se ve que no pueden mucho —gruñó. —Apenas han transcurrido cinco minutos desde que avisaron de Comunicaciones —se justificó el oficial de Seguridad.

—¿Y han conseguido algo?

—Muy poco... Esa es la verdad.

El profesor Halland emitió otro gruñido de descontento y entró en el nivel uno, acompañado por el oficial de Seguridad, que se apresuró a añadir:

—Lo malo es que hay que añadir más desapariciones.

Halland se giró con rapidez hacia él.

—¿Qué ha dicho? ¿Más desapariciones?

—Sí, profesor.

—Explíquese.

—Lo estoy intentando, señor.

El científico hizo un gesto invitando a hablar al oficial de Seguridad y éste lo hizo con voz pausada

—Apenas fuimos informados por Comunicaciones de lo que usted había constatado en la puerta seis, efectuamos un control general en las restantes puertas — Zerkog hizo una pausa efectista, gozándose de la expectación que leyó en el rostro del científico. Luego añadió —: La guardia de las puertas dos y seis también han desaparecido.

Pero no hay nada que señalar en la uno, tres y cinco.

Xav Halland frunció el entrecejo y quedó unos instantes pensativo. Luego rezongó:

—Las desapariciones se dan en las puertas pares pero no en las impares...

—Así es, profesor.

—¿Le dice eso algo a usted, oficial?

—Sí, profesor. Indica que «lo que sea» ha afectado a uno de los sectores de acceso a los laboratorios. Por si no lo recuerda le diré que la primera barrera de protección está constituida en forma ovoide y que las puertas se distribuyen en forma alternada: las de número par en la zona sur y las de número impar en la zona norte. Esto indica que todo un sector, el sur, ha sido afectado por las desapariciones de los cuerpos de vigilancia.

—¿Sabe ya a qué se deben?

—No, profesor. Pero envié unas patrullas de observación a la zona afectada y aguardo sus informes.

—Bien —aprobó Hallan, reanudando la marcha hacia el término del nivel uno—. Manténgame informado en todo momento de lo que averigüe. Ahora voy al departamento de Meteorología. Estaré, pues, en el tercer nivel durante un rato.

Xav Halland iba a añadir algo más cuando uno de los escoltas de Seguridad advirtió:

—¡Hay una llamada de la primera patrulla, oficial!

Zerkog retuvo al profesor por el brazo, diciéndole:

—Aguarde un instante, señor. Quizá pueda darle noticias ahora mismo. Me llaman desde la puerta cuatro.

Luego, sin esperar respuesta por parte de Halland, el oficial de Seguridad abrió la comunicación, pudiéndose escuchar la voz angustiada y las atropelladas palabras de uno de los componentes de la primera patrulla.

—¡Esto es espantoso, lo más horrible que he visto en mi vida!... Las esporas nos han atacado y devoran a mis camaradas... Vienen a cientos, como una enorme manada. Aparecen por todas partes y se lanzan contra nosotros... No nos dieron tiempo a cerrar las compuertas del vehículo y ahora las tenemos aquí dentro. Lo han invadido por completo y nadie puede escapar... ¡Nadie!... ¡Están cayendo encima de mí y me impiden llegar a los mandos!... ¡Me

atacan a mordiscos!... ¡Estamos perdidos! ¡Se nos comen vivos!... ¡Nos devoran!...

Siguieron unos gritos desesperados que se transformaron en alaridos, para acabar convirtiéndose en gemidos lastimeros, en estertores de moribundo.

Después sobrevino el silencio.

Un silencio de muerte.

El oficial de Seguridad, Zerkog, había palidecido y en su rostro pétreo se reflejaba ahora el horror.

También Xav Halland estaba lívido como un muerto.

Ninguno de los dos parecía dispuesto a hablar.

Al fin fue el oficial de Seguridad quien rompió el silencio para inquirir:

—¿Qué ordena que hagamos, señor?

Xav Halland le miró como si volviera de muy lejos y aquella fuera la primera vez que lo viese.

El oficial de Seguridad tuvo que insistir en su pregunta antes de que Halland dijese algo, lo que hizo en un murmullo, como si hablara consigo mismo.

—Ese desdichado habló de esporas... Eso coincide con lo descubierto por la gente de Dadskiof en .aquella maldita nube. Y también lo de que aquéllas sean carnívoras se relaciona con los vestigios encontrados. Y añadió que aparecían a cientos y los devoraban a todos...

Entonces se acordó Halland de su paso por la puerta seis.

También él había visto a las esporas.

Las encontró rodeando el puesto de vigilancia a cuyos ocupantes debían haber devorado antes de que él llegase a la puerta seis.

Xav Halland sintió que el sudor perlaba su frente.

El científico se estremeció al pensar en lo que le habría sucedido de haberse apeado de su Z—37, como se dispuso a hacer al constatar la ausencia de la guardia.

«Me habrían devorado igual que a los demás.»

Esa certidumbre no representaba ningún alivio, pero le proporcionó una idea.

Halland se encaró con el oficial de Seguridad y ordenó:

—Establezca contacto inmediato con las otras dos patrullas y con las guardias de las restantes puertas. Todo el personal debe

permanecer encerrado allá donde se encuentre, sea puesto de vigilancia o vehículo. La gente ha de quedar herméticamente aislada del exterior. Bajo ningún pretexto debe salirse de los recintos de seguridad. Y otra cosa, que le mantengan informado en todo momento de cualquier novedad que se produzca.

Zerkog asintió con un gesto de cabeza.

—Así se hará, señor.

Luego, grave y fríamente, preguntó:

—¿Establezco la alarma roja en los laboratorios?... Una emergencia como ésta parece indicar su conveniencia.

Halland respondió sin vacilar:

—Hágalo, oficial. Y dé cuenta también a sus superiores de lo que nos está sucediendo. Pudiera ser que no fuésemos nosotros los únicos afectados por el ataque de las esporas. Comunique así mismo que estamos investigando la naturaleza del peligro que nos amenaza y que informaremos en cuanto dispongamos de datos fehacientes para poder hacerlo.

El oficial de Seguridad saludó disponiéndose a cumplimentar aquellas órdenes, cuando su transmisor dio la señal de una llamada urgente. Miró el número de control y murmuró:

—Es la patrulla número tres.

Xav Halland aguardó a oír la comunicación, aunque un sexto sentido le advirtió de antemano lo que iba a escuchar.

La voz de uno de los patrulleros se dejó oír en un murmullo confuso, entremezclado con ruidos que parecían interferencias o estertores de moribundos.

Aquel hombre sólo alcanzó a decir:

—Una manada de esporas carnívoras ha caído sobre nosotros y está aniquilando la patrulla... No hay nadie vivo dentro del recinto de guardia... Temo que no llegaré hasta los mandos... ¡Se me comen a mordiscos!... ¡Este es el fin!

Halland no esperó a oír más.

—¡Oficial Zerkog, cumpla mis órdenes! ¡Alerta roja en los laboratorios!

Y, sin esperar más, el científico se dispuso a marchar al tercer nivel donde esperaba encontrar al profesor Dadskiof y a la doctora Tarfey.

* * *

Dejando a un lado los informes resumidos por Dadskiof y sus ayudantes, Sadia anotó los elementos contaminadores que podían afectar a los elementos vegetales contenidos en la nube y que, según había indicado Dadskiof, podían haber afectado su naturaleza convirtiéndoles en fagocitarios.

—Monóxido de carbono —leyó en voz baja—, producido por combustiones incompletas y que, al aparecer, en la estratosfera puede provocar consecuencias imprevisibles, sobre todo si llega a asociarse con el dióxido de sulfuro y los óxidos de nitrógeno.

Pasó luego al siguiente punto y rezongó:

—Cualquier condensación de agua contaminada puede motivar también alteraciones del metabolismo celular. Esa dichosa nube podría servir de ejemplo, especialmente si en ella se encuentran plomo y mercurio. Sin embargo, creo que el punto crucial debe hallarse las radiaciones.

De espaldas al ventanal que daba al *solarium*, enfrascada en sus pensamientos, la doctora murmuró para sí:

—La intensificada producción atómica, no sólo en cuestión de armas y las experiencias que se realizan con éstas sino también por causa de los elementos de propulsión nuclear, no sólo es capaz de provocar la aparición de enfermedades y tumores en los seres humanos sino, incluso, mutaciones genéticas. Sadia Tarfey se puso en pie y anduvo ensimismada la sala, sin acercarse al ventanal.

—¿Será ésa la causa de que unos elementos vegetales se transformen hasta convertirse en carnívoros? —se preguntó, añadiendo—: No hay que olvidar que en la Tierra hay plantas con tales características. ¿Por qué había de extrañarnos que unas, procedentes de otra galaxia y sometidas a fuertes radiaciones, sufran una mutación que las convierta en seres fagocitarios?

Al llegar a esta conclusión, la doctora se volvió hacia el *solarium* fijando la vista en el ventanal.

Sadia palideció al descubrir unas manos crispadas, resbalando por el transparente panel.

—¡Cielos! ¡El profesor Dadskiof!

La mujer corrió al ventanal y miró al exterior. Sus ojos se

desorbitaron al ver cómo el profesor estaba siendo devorado por aquella espantosa legión de esporas.

Sadia sintió que las náuseas y el pánico se apoderaban de ella y giró el rostro aterrada.

De su garganta escapó un gemido.

Haciendo un esfuerzo sobre sí misma volvió a mirar través del ventanal descubriendo ya tan sólo una especie de piltrafa humana, sanguinolenta, que estaba terminando de ser devorada por aquellas horribles esporas.

La mujer no pudo resistir más la espantosa visión y, llevándose la mano al corazón, que le latía vertiginosamente, dejó escapar un quejido y perdió el conocimiento.

* * *

El día era bastante más cálido de lo acostumbrado en la falda de las Rocosas. Tal vez por eso eran varias las familias que habían salido de *picnic* y se encontraban acampadas en las proximidades del serpenteante arroyo.

Los más jóvenes de los campistas se estaban bañando en el río y se formaban algunas parejas al intimar las chicas con los chicos y hacer planes para cuando regresaran a la ciudad.

Varios de los hombres estaban entretenidos jugando a los dados, mientras las mujeres disponían lo necesario para la comida, en la que además de los consabidos condensados contarían con productos naturales «robados» a la madre tierra.

La nube apareció por encima de las montañas sin que los campistas le prestaran la menor atención.

Los jugadores continuaron con sus dados y aumentaron las apuestas sin pensar en otra cosa que en ganar al vecino.

Los chiquillos continuaron correteando por la orilla y zambulléndose en el río, haciéndose acreedores a las protestas airadas de aquellos a quienes mojaban.

La chica de los Henderson se dejó llevar por el hijo mayor de los Patrick al interior del bosquecillo de arces abrazándose luego al muchacho y besándole furiosa, mientras él le desabrochaba la blusa y la tumbaba sobre el césped.

Otra de las parejas, que se habían dado cuenta de su marcha, lo comentó con envidia.

—Podríamos hacer lo mismo, Lina. ¿No te parece? —preguntó Pierce Kiessel.

—Esas cosas no se preguntan, bobo —replicó la muchacha, encaminándose ya hacia el bosquecillo.

Pierce echó a correr tras ella y la alcanzó en la linde misma de los arces, atrapándola por la cintura y obligándola a detenerse para besarla a placer.

Cuando se separaron, él miró al cielo y se sobresaltó al ver la nube, que se había tornado muy oscura, casi negra, y que había crecido en forma desmesurada.

—Me temo que va a llover...

Lina le miró con picardía.

—Eres un tontaina, chico. Tendremos tiempo de sobra.

El no preguntó para qué iban a tener tiempo. Se limitó a ir con la provocativa Lina, que se tendió entre los matorrales incitándole a reunirse con ella.

—¿No tienes miedo de que nos vean tus padres o los míos?

—Los tuyos no me preocupan —respondió ella burlona—.En cuanto a los míos..., mientras siga la partida de dados mi padre estará entretenido. Y mi madre, pudiendo hablar de trapos con sus amigas, ya es feliz por completo.

Extendió los brazos hacia él, llamándole:

—Ven, Pierce... Déjate de hacer el tonto. No parece sino que he dejado de gustarte.

El joven Kiessel todavía lanzó una mirada en torno suyo, temeroso de que pudieran verles sus padres o algunos de sus vecinos. Pero ninguno de ellos se preocupó de mirar adonde estaban los muchachos. Los mayores tenían otras cosas que hacer que vigilarles.

Ellos no les vieron, desde luego, pero las esporas sí.

Desde el interior de la nube, las esporas habían detectado y localizado los lugares en donde se encontraban los seres humanos, así como los animales de sangre caliente que poblaban el bosquecillo. Hombres y bestias que podían servirles de alimento.

No habían transcurrido todavía cinco minutos desde que Lina y Pierce se internaron en el bosque cuando la nube se abrió sobre la zona ocupada por los campistas.

Como un enjambre enfurecido, las esporas empezaron a caer sobre las personas y animales.

Voraces.

Implacables.

Mortíferas.

En cuestión de pocos segundos todo cambió en el que había sido un paradisíaco lugar.

Hombres y niños dejaron de jugar, para ser devorados por la legión de esporas que empezaba a crecer.

Los gritos y alaridos de muerte rompieron la paz de aquel terreno, invadido ya por los monstruosos seres.

Las mujeres no se libraron de seguir la misma suerte que sus esposos e hijos.

Ni tampoco los jóvenes que habían descubierto lo hermoso que era hacer el amor.

Las esporas asesinas dieron buena cuenta de todos ellos.

Fue un auténtico festín.

Y las invasoras de la Tierra continuaron creciendo…

# CAPITULO V

Al entrar en el departamento de Meteorología, Xav Halland preguntó al primer ayudante de Dadskiof:

—¿Dónde están el profesor y la doctora Tarfey?

—En el sector de Verificación.

—¿Sabe qué hacen?

—Supongo que estarán comprobando los datos que han obtenido respecto a la dichosa nube. Halland frunció el ceño.

—Imagino que el sector estará totalmente aislado del exterior. ¿No es así?

—Sí... Bueno, siempre y cuando no se utilice el *solarium.*

—¿El *solarium*? —repitió Halland extrañado.

—Sí, profesor —aclaró el ayudante de Dadskiof—. La zona de Verificación está junto al solarium exterior. Desde luego puede quedar aislado por completo, siempre y cuando no se utilice éste.

—¡Maldición!

Temiendo ya que pudiese ocurrir lo peor, Xav Halland echó a correr hacia el sector de Verificación, seguido por el asombrado ayudante de Dadskiof.

En ese preciso instante se dio la alerta roja en los Laboratorios Experimentales Mericourt, y ello no hizo más que aumentar los temores —justificadísimos— de Xav Halland.

—¿Puedo saber qué sucede, señor? —preguntó el ayudante de Dadskiof, que seguía corriendo junto a él—, ¿Por qué se da la alerta roja?

—Es debido a lo que hay dentro de la nube —explicó Halland sin dejar de correr—. Contiene esporas carnívoras. Ya nos han causado algunas bajas...

Jadeante, Xav se detuvo ante la compuerta que cerraba el paso al sector de verificaciones y lo abrió con precaución.

Lo primero que hizo el profesor Halland fue mirar al suelo para

descubrir a las esporas asesinas si éstas se encontraban allí. Al no verlas respiró aliviado, pero su tranquilidad se esfumó apenas descubrió el cuerpo exánime de la doctora Tarfey, caído en el suelo junto al ventanal.

—¿Está cerrado? —preguntó a Karter, el hombre que estaba junto a él.

—Sí, profesor.

—¿Herméticamente? —se aseguró.

—Desde luego, señor.

Y a modo de aclaración, añadió:

—Ya sabe usted que en los laboratorios se extremaron las medidas de seguridad, hasta el punto de que cualquier departamento puede quedar totalmente aislado de los restantes.

—¡Menos mal! —exclamó Halland.

Sin más vacilaciones, Xav Halland avanzó hacia donde yacía desmayada la hermosa doctora y que en aquella postura se mostraba más atractiva que nunca.

El profesor le tomó el pulso y dejó escapar otro suspiro de alivio, al tiempo que exclamaba:

—¡Está viva!... Sólo ha perdido el conocimiento. Pero... ¿por qué? Ella no es una mujer fácilmente impresionable.

Karter, el ayudante del profesor Dadskiof, permanecía en pie y miraba en torno suyo, buscando a su jefe, pero sin mirar todavía al ventanal que daba al *solarium.*

—A quien no veo —dijo preocupado—, es a Ikon. Mientras ayudaba a incorporarse a la desvanecida doctora, Xav Halland inquirió:

—¿No me dijo que Dadskiof y la doctora Tarfey estaban aquí, juntos?

—Claro que se lo dije. Y vinieron.

—Entonces... ¿dónde está él?

Karter se encogió de hombros.

—Lo ignoro, señor. Tal vez haya ido al solarium...

El ayudante de Dadskiof se dirigía ya hacia el ventanal cuando le detuvo el grito alarmado de Halland:

—¡Un momento! ¡No se le ocurra abrir!

El joven Karter se volvió a mirarle sorprendido.

—¿Cómo dijo, señor?

—¡Qué no se le ocurra abrir!

Luego, en tono más normal, Halland añadió:

—¿No dijo usted que este sector comunica con el *solarium* exterior?

—Sí, claro... pero ¿qué tiene eso que ver con que vaya para ver si mi jefe está disfrutando del sol?

Halland respondió tajante:

—¡Hay alerta roja!

Y, ante la mirada de extrañeza del joven ayudante, explicó:

—La orden general que se ha dado es la de que todo el personal permanezca completamente aislado del exterior. Nadie puede abandonar ninguno de los recintos de seguridad.

—Pero si no pensaba salir de los laboratorios... Sólo iba a mirar en el *solarium*.

Halland movió la cabeza negativamente.

—Está en el exterior y sólo por eso ya le está vedado el acceso a él. —Luego, señalando a la profesora Tarfey, que todavía no daba señales de vida, añadió —: Ayúdame a incorporarla del todo. Tal vez ella pueda decirnos dónde está y qué le ha pasado al profesor Dadskiof.

Pensando que el jefe de los laboratorios se estaba pasando en lo de la alerta roja y las medidas de seguridad, el joven Karter se dispuso a ayudarle, inclinándose sobre la doctora Tarfey en el preciso instante en que ésta abría los ojos.

Sadia vio las dos caras y se sobresaltó.

—Tranquila, doctora —le dijo Halland en tono afable—. Está entre amigos.

Los ojos de ella continuaban desorbitados, como si estuviera viendo un espectáculo horrible. Sus labios se movieron convulsos, pero no acertó a pronunciar ni una palabra tan solo.

Xav Halland acarició una de las manos de la hermosa mujer al tiempo que procuraba tranquilizarla con sus palabras:

—No tiene que preocuparse de nada... Nosotros la protegeremos de cualquier peligro que la amenace.

El jefe de los Laboratorios Experimentales hizo una breve pausa y luego preguntó:

—¿Puede decirnos donde está Dadskiof?

Nuevamente los ojos de la doctora Tarfey se desorbitaron y los

rasgos de su cara se crisparon a impulsos de pánico y del asco. Y balbuceó:

—Dadskiof salió al solarium... Y allí... ¡Las esporas! ¡Dios mío, qué muerte tan horrible!... ¡Le devoraron estando todavía vivo!

—¿Quiere decir que las esporas han llegado hasta aquí? —insistió Halland muy preocupado.

Ella negó con un movimiento de cabeza.

—Hasta aquí no... El había cerrado el acceso al *solarium* desde fuera y yo lo hice desde dentro.

—¿Y Dadskiof se enfrentó con las esporas? —se extrañó Halland —. ¿Cómo pudo ocurrírsele esa barbaridad?

Sadia no quiso explicar lo ocurrido entre el profesor y ella. Se limitó a dar cuenta de los hechos de modo muy escueto.

—Cuando él salió al exterior no había ninguna espora. Debieron aparecer después. Y como los dos habíamos cerrado...

Xav Halland conocía las apetencias de su veterano colega por las mujeres hermosas. La doctora era una de las más atractivas y el aislamiento en los laboratorios podía dar al traste con las mejores intenciones y acabar con los propósitos de continencia de cualquiera, cuanto más si se trataba de alguien tan enamoradizo y lujurioso como Dadskiof.

El director de los Laboratorios Experimentales imaginó lo que podía haber sucedido entre Dadskiof y la bella históloga.

«Debió tratar de aprovecharse y ella le puso de patitas en el *solarium*. Por eso está ahora tan afectada, porque debe responsabilizarse de la muerte de Dadskiof. Y si vio cómo moria, devorado por las esporas, estará hecha cisco.»

Halland trató de mostrarse afable y comprensivo.

—No piense ahora en Dadskiof, doctora, pero contésteme a una cosa: —¿cayeron esporas de la nube?

Ella hizo un mohín antes de responder.

—No puedo decírselo con exactitud. Después que el profesor pasó al *solarium* yo me enfrasqué en la verificación de unos datos que él me había proporcionado y con los que trataba de explicar una teoría suya respecto a esas esporas que contiene la maldita nube.

Xav hizo un gesto de impaciencia.

—Luego hablaremos de la teoría de Dadskiof, pero ahora conteste a mi pregunta de antes: ¿cayeron sí o no las esporas de la nube?

La doctora replicó exasperada:

—Ya le dije que eso no lo sé. Pero sí que procedían de ésta. Y también, por lo que me indicó Dadskiof antes de morir, que han llegado a la Tierra desde el espacio exterior.

—¿Puede demostrar lo que dice?

—Esa es precisamente la teoría del profesor Dadskiof y la mejor demostración que puede encontrarse es la manera en que ha muerto: ¡devorado por las esporas!

Xav Halland frunció el entrecejo. Con un gesto indicó a la doctora que se pusiera en pie, lo que ésta hizo ayudada por Karter, el ayudante de Dadskiof.

El joven se encaró con ella.

—¿Dice usted que mi jefe murió devorado por unas esporas?

—Sí.

—¿Está segura de ello?

—Lo vi con mis propios ojos.

—¿Y esas esporas…?

—Proceden de la nube que hemos estado analizando. Son de una especie desconocida en la Tierra o de una mutación genética, activada por radiaciones del espacio exterior, o a su paso por nuestra biosfera. Sea lo que fuere, lo cierto es que se trata de elementos carnívoros, fagocitarios, que pueden convertirse en un peligro para la raza humana.

Sadia hizo una breve pausa y luego exclamó:

—Las he visto crecer encima del cadáver de Dadskiof mientras lo iban devorando. ¡Y aún deben estar ahí fuera!

Al tiempo que lanzaba aquella exclamación, de un modo instintivo Sadia dio un paso atrás. Sin embargo, los dos hombres se acercaron al ventanal que daba acceso al *solarium* y miraron al suelo de éste.

Las esporas lo cubrían por entero.

La amenaza que constituían aquellos monstruos continuaba allí, permanente e implacable.

Mortal de necesidad.

Y las esporas parecían «mirar» al ventanal, tras el que se protegían los tres seres humanos, con la misma golosa avidez de un hambriento que contempla unos platos exquisitos expuestos en un escaparate.

Sadia miró al sitio donde había visto al profesor Dadskiof por última vez y prorrumpió en llanto. Xav Halland se apresuró a estrecharla entre sus brazos, susurrándole palabras animosas.

Ella alzó el rostro para mirarle a los ojos,

—¿Cree que nos han cercado?... ¿Que han rodeado los laboratorios?

Halland asintió.

—Desgraciadamente, sí. Ya hemos tenido más víctimas, en las puertas dos, cuatro y seis. Y también unos patrulleros de las unidades de Seguridad. Por eso he dado órdenes de que nadie salga al exterior y he establecido la alerta roja.

Sadia miró al *solarium* y murmuró:

—No pueden entrar...

—Así es. De ahí que mientras permanezcamos encerrados estaremos a salvo, Pero...

—¿Qué?

—Me preocupa pensar que este ataque no se haya producido aquí únicamente. Hemos sufrido bajas pero no han sido excesivas. Sin embargo, en cualquier ciudad, sin las medidas de seguridad con que contamos en los laboratorios, las víctimas pueden elevarse a millares...

—Y las esporas crecer a límites insospechados.

—Efectivamente, crecerían al asimilar a sus víctimas.

Karter, que hasta ese momento había permanecido silencioso, terció para decir:

—Hay algo que usted no ha tenido en cuenta, profesor Halland. Y es de una importancia fundamental.

—¿A qué se refiere? —preguntó Xav algo amostazado.

—A que usted ha establecido la alerta roja, incomunicándonos con el exterior.

—Hombre, tanto como incomunicándonos... Estamos en contacto con la Central Nacional de Seguridad y el Consejo de la Ciencia. Nuestro aislamiento es sólo parcial.

—¿Usted cree?...

La pregunta la formuló Karter de modo tan sarcàstico que la doctora Tarfey y Xav le miraron extrañados. Pero él, sin dar muestras de turbación por su evidente falta de respeto, hacia quien era el jefe máximo de los laboratorios, añadió:

—Me gustará saber de qué manera cuenta aprovisionar a la gente que está aquí. ¿Podremos recibir vituallas del exterior sin que los encargados de recogerlas sean victimas de las esporas?...

Un silencio aprensivo acogió aquellas palabras, y Karter, en tono más hiriente, agregó:

— ¿Y hasta cuándo permanecerán las esporas a la expectativa sin hacer nada por entrar en nuestros recintos?

La pregunta quedó en el aire, pero de ella tomaron buena nota tanto Xav Halland como la profesora Tarfey;

Por eso, cuando Karter anunció que iba a continuar con los trabajos iniciados por el profesor Dadskiof, nadie le impidió que se marchase. Y, al quedar solos, no hicieron más que mirarse sin saber qué hacer ni qué decir.

La amenaza que constituían aquellas esporas resultaba mayor de lo que ellos habían imaginado.

Y si eso fuera solamente allí...

# CAPITULO VI

La explanada estaba ocupada por varios cientos de personas, de aquéllas que se llamaban a sí mismas los «boxeadores de las sombras». Muchos de ellos se conocían porque frecuentaban el lugar cada mañana y permanecían allí, durante una o dos horas, practicando los ejercicios primordiales.

Casi todos eran veteranos en el viejísimo arte del Tai—Chi, pero, para atender a los nuevos, siempre había alguien dispuesto a enseñarles, a aconsejar.

El maestro Yang era quien indicaba los movimientos esenciales a realizar, explicando sus peculiaridades.

Para los noveles era una lección maravillosa. A los veteranos, aun sabiendo de antemano lo que iba a decir, les encantaba oírle desarrollar aquella filosofia trascendental, que se basaba en el movimiento y la respiración.

—La gente de hoy en día no vive, ya que todo lo hace deprisa. Cada vez se respira peor, porque si se respira deprisa la vida termina antes. Hay que respirar despacio... muy despacio... Lenta y pausadamente.

La voz del maestro Yang dejó de oírse unos instantes, para luego anunciar que iba a comenzar el ejercicio matinal a partir de la posición inicial.

Los novatos, debidamente aleccionados, levantaron los brazos suavemente hasta llegar a la altura de los hombros, efectuando una leve respiración. Después doblaron las rodillas, procurando que no sobresaliesen de la vertical con las puntas de los pies.

El maestro Yang anunció el próximo movimiento:

—Coger la cola del pájaro.

Los cuerpos giraron entonces hacia la derecha. El maestro ejecutó un movimiento circular con la mano izquierda, por debajo, para que los demás le imitasen, y llevó la mano derecha sobre la zurda como

si entre ambas cogiese un balón. Al mismo tiempo, había levantado el pie izquierdo con mucha suavidad colocándolo junto a la mitad del pie derecho. Y así, mientras una pierna quedaba doblada y un poco abierta, hacia el exterior, la otra aguantaba todo el peso.

Los alumnos no perdían de vista al maestro Yang y, al mismo tiempo que éste, giraron hacia la izquierda, levantando la pierna que estaba doblada y espirando al tiempo que, volviendo al colocarla en el suelo, cambiaban la gravitación del peso sobre ese lado.

—¿Os dais cuenta, hermanos? —decía el maestro—. Ahora, al levantar el brazo izquierdo, siempre con mucha suavidad, se forma una especie de arco y el brazo derecho se mueve como si acariciara la cola de un pájaro. Miradla...

La gran mayoría de los «boxeadores de las sombras» miraron a su mano derecha, como indicaba el maestro Yang, pero algunos alzaron la vista hacia el cielo, viendo la nube que se acercaba a la verde explanada.

Era una nube pequeña y oscura, pero crecía y se ennegrecía a medida que avanzaba hacia la pradera.—

Uno de los jóvenes discípulos del maestro Yang llamó a éste para señalarle la nube.

—¡Maestro! ¡Se aproxima una nube muy oscura! ¡Lloverá!

Yang sonrió con dulzura.

—El agua es una bendición del cielo, que las plantas acogen con satisfacción. ¿Somos nosotros menos agradecidos que las plantas?... Respira hondo y continúa tus ejercicios. Relaja tu tensión muscular y mental... Apacigua tu mente.

El discípulo obedeció mansamente, pero él había dado una voz de alarma y otros miraron a la nube, que seguía acercándose.

Yang se dio cuenta de que el nerviosismo hacía presa en ellos y lamentó que se estuviese produciendo aquella perturbación.

—No dejéis que nada os distraiga de lo que estáis haciendo. Si curamos las enfermedades con los alimentos, los minerales o las plantas, ¿por qué no hemos de curar también con el aire y con el agua?... Es el aire lo que empuja a la nube, que es portadora de agua. Aire ¡y agua... ¡No les rechacéis!

Las palabras del maestro Yang, dichas en aquel tono suave que le era característico, bastaron para calmar el desasosiego de quienes tenían el espíritu más inquieto.

Todos continuaron realizando los antiguos ejercicios del Tai—Chi, igual que lo habían hecho siglos atrás sus predecesores.

Pero la nube había proseguido su avance y estaba encima ya de aquellos hombres, mujeres y niños que hacían un culto de la paz, de la convivencia, de la fraternidad, del amor...

Hombres, mujeres y niños que no odiaban y que se negaban a participar en cualquier acto que pudiera ser violento.

Ellos eran enemigos de las guerras.

Por esos motivos, nadie en la explanada podía sospechar que la muerte les estuviese amenazando de una forma inminente.

Y la nube, que se había detenido encima de sus cabezas, se abrió dejando que las esporas asesinas cayeran a cientos, a millares, sobre los «boxeadores de las sombras».

La sorpresa fue general y mayúscula.

—¡No llueve agua!

—¡Son esporas!

—¡Algo me ha mordido!

—¡Son esporas carnívoras!

A la sorpresa inicial siguieron los gritos de dolor, con los que se mezclaron otros de rabia.

Hubo quien trató de escapar a las esporas.

Inútilmente.

Habían caído a millares de la nube e invadido por completo la llanura. Rodeaban por completo a los practicantes de Tai—Chi. Les tenían atrapados, cruel e implacablemente.

Los que trataron de huir no lo consiguieron porque cayeron al suelo, derribados por las esporas. Dieron manotazos a diestro y siniestro, para intentar zafarse de aquellos monstruos de pequeño tamaño, sin conseguir más que excitarlos.

Los que luchaban no conseguían mejor resultado que los que ya se habían resignado a su suerte.

A todos ellos los cubrían las esporas, clavándose en sus cuerpos, impidiéndoles cualquier movimiento de fuga.

Sepultándolos bajo aquel horror. Del mismo modo que lo eran sus discípulos, el maestro Yang se convirtió en víctima de las esporas. También él sintió en su carne —reseca y apergaminada— la terrible mordedura de aquellos monstruos de los que jamás tuvo noticia.

Estoico, el maestro Yang no acusó el dolor con ningún grito. Ni

tan siquiera se lamentó, pero sí murmuró:

—El agua de las nubes es benéfica para las plantas no hiere a los hombres. No es dañina. Pero esto no es agua...

Y estaba en lo cierto.

Aquello no era agua, sino esporas carnívoras.

Y las esporas eran la muerte.

¡La muerte...!

Los pacíficos «boxeadores de las sombras» ya no intentaban escapar de las sanguinarias bestezuelas venias del espacio exterior. La masa de las esporas había continuado creciendo, progresiva e implacablemente, para todos ellos, hombres, mujeres y niños, no había escapatoria posible. Uno tras otro iban cayendo sobre el césped, para ser sumergidos bajo la avalancha de mordientes esporas que les iban devorando. A pesar de que él estaba pasando por lo mismo que sus discípulos y seguidores, el maestro Yang trató todavía de dirigirles palabras de consuelo, ya que no de ánimo.

La voz pausada del maestro se dejó oír por encima de alaridos y estertores, pronunciando palabras que debieron haber sido escritas en la noche de los tiempos y repetidas a lo largo de los siglos, en el continua correr del tiempo.

—*Tranquilidad, más tranquilidad, alarga la vitalidad*.

¡Qué ironía tan cruel hablar de vitalidad cuando todos allí estaban perdiendo la vida!

—*Conformidad más conformidad es igual a felicidad*.

Los amagos de resistencia habían cesado ante la inutilidad de cualquier esfuerzo. La resignación ante lo inevitable había hecho conformistas a los que morían.

¿Pero eran felices al aceptar así la muerte?

El cuerpo del maestro Yang fue vencido por las voraces esporas y cayó al suelo, entre algunos discípulo que estaban siendo reducidos al estado de cadáveres.

Como ellos, aquel hombre venerable fue cubierto por la manada de monstruos hambrientos, que le impidieron seguir recitando aquel mensaje de paz y d conformidad.

El maestro Yang únicamente pudo pensar el final de las sabias recomendaciones procedentes del pasado.

«*Serenidad más serenidad, enaltece la personalidad*.

Y así, su personalidad se mantuvo firme con la moral alta,

esperando serenamente el final indefectible.

Los agrietados y mordidos labios del maestro Yan todavía se movieron, pero de ellos no brotó ya el menor sonido.

Aquellas fueron en realidad las últimas convulsiones precursoras del inmovilismo total.

También él tenía que morir.

Como los cientos de inocentes que le habían escuchado en la pradera, realizando con él los antiguos ejercicios.

Igual que otros muchos seres a los que no había conocido tan siquiera, pero con los que quedaba hermanado por aquella muerte espantosa.

Del mismo modo que estaba condenada a sucumbir gran parte de la humanidad.

Porque para los monstruos del espacio exterior, para las voraces esporas, los miembros de la raza humana no ofrecían otra cosa ni tenían mejor cualidad que la de ser comestibles.

Necesitaban alimentarse con seres vivos de sangre caliente y de éstos los había a millones en la Tierra.

Por eso, el instinto de supervivencia les había conducido hasta aquel planeta, a través de cientos de pársecs sin acercarse a otros planetas que les resultaban inhóspitos.

Estaban allí para saciar su hambre. Para proliferar y extenderse. Y eso era, precisamente lo que estaban haciendo desde que llegaron a la Tierra.

* * *

Los jugadores estaban sentados en torno a la mesa ovalada en cuya cabecera estaba el *croupier* repartiendo cartas. Uno de los hombres era un auténtico albino, con los cabellos completamente blancos, piel sonrosada como la de un bebé y ojos que parecían de color rosa. A su lado estaba sentada una mujer espléndida, de belleza y curvas impresionantes, que lucía con un vestido cuyo escote le llegaba por lo menos hasta el ombligo. Quizá por eso había detrás de ella dos tipos que fingían interesarse en el juego, pero que en realidad miraban al escote de la mujer.

El segundo de los jugadores se mostraba nervioso cruzando y

entrecruzando los dedos como si de un momento a otro fuera a romperlos. En cuanto al tercero era lo que podía llamarse un verdadero jugador, de cara pétrea, siempre impasible y mirada que parecía de acero. Hacía sus apuestas lentamente, como si pensara siempre en cambiarlas en el último momento, cosa que no hacía nunca. Y cuando terminaba la jugada seguía igual, tanto si ganaba como si perdía.

El albino recibió un cuatro y torció el gesto; lo que fue visto por el de los dedos nerviosos, que elevó su apuesta. El impasible jugó tranquilo, seguro de que iba a ganar. Y así fue. Se llevó todo el dinero, provocando una exclamación de rabia por parte del nervioso que se levantó empujando la silla hacia atrás.

El hombre se acercó a la garita del cajero y pidió más fichas, pero le fueron negadas.

—Lo siento, señor Tryan. El patrón dice que hasta que no pague lo que adeuda no tiene más crédito.

Más nervioso, el tal Tryan protestó por pura fórmula, aunque la verdad era que ya esperaba algo así. Miró con aire apesadumbrado a la mesa de juego y le volvió la espalda, encaminándose hacia la salida del local que, pese al ostentoso nombre de Casino, no era más que un garito con pretensiones.

Tryan sacó un cigarrillo del paquete que tenía en el bolsillo. Lo encendió y salió a la calle. Aspiró con fruición el humo del sucedáneo de tabaco y lo expelió hacia el cielo. Vio entonces la nube que parecía estar situada en la vertical del *parking*.

«Me alegraría que cayese un buen chaparrón —pensó sonriendo —. A los de ahí dentro no les hará gracia encontrar los vehículos pasados por agua.»

Luego cayó en la cuenta de que si llovía él no peería llegar a su hotel sin mojarse y, pensándolo mejor, regresó al tugurio cuyo dueño presumía de que era un casino.

El portero mantuvo la puerta abierta, mientras él entraba.

—¿Otra vez aquí, señor Tryan?

—Sí, Peter.

—¿Tiene alguna corazonada? Tryan rió entre dientes.

—Sí la tengo, amigo, pero no sobre el juego.

—¿Sobre qué entonces?

—Acerca del tiempo... ¡Va a llover! Y, mientras lo decía, Tryan

señaló con el índice a la nube, que ahora se extendía no sólo sobre el terreno del *parking* sino que cubría además la edificación del llamado casino.

—Tiene razón, señor Tryan —opinó el portero—. Esa nube es muy grande y negra. Dudo que tarde mucho en llover.

—Por eso he vuelto, amigo. Para no mojarme. —Ha hecho bien, señor... ¡Fíjese! ¡Ya está lloviendo!

Tryan miró al cielo y vio que, efectivamente, el portero tenía razón. Llovía...

—¡Qué goterones tan enormes! —comentó sorprendido.

—Es cierto, señor. Nunca los vi tan grandes.

Ambos hombres permanecían en la puerta del pretendido casino, que seguía abierta de par en par. Miraban a la nube de la que brotaban las esporas semejantes a grandes granizos. Ninguno de los dos cayó en la cuenta de que lo que caía eran esporas.

Y, cuando quisieron darse cuenta, ya era demasiado tarde.

Las esporas estaban atacándoles.

Mordiendo...

Tryan lanzó un grito de dolor y se precipitó al interior del garito, pero el portero no tuvo la misma idea que él y pretendió sacar a las esporas fuera del hall, que estaba siendo invadido por una masa creciente y amenazadora.

El hombre no consiguió su propósito y cayó al suelo, quedando cubierto casi de inmediato por las voraces esporas.

Los angustiosos alaridos del portero alarmaron a quienes se Hallaban en el interior. Varios de los jugadores se levantaron de las mesas y corrieron hacia la salida.

Cometieron un tremendo error porque fueron a meterse ellos mismos en la boca del lobo.

Alguien chocó con Tryan, que manoteaba tratando dé sacarse de encima las mordientes esporas.

Los dos cayeron al suelo.

Se insultaron mientras pudieron, pero luego ya no les fue posible levantarse. Las esporas habían seguido avanzando y les cubrieron casi de inmediato, mordiendo y empezando a devorarles.

Los gritos se convirtieron en alaridos de muerte.

Y las esporas continuaron invadiendo el garito, en el que estaba cundiendo el pánico.

Hubo quien trató de ganar la puerta trasera. Otros buscaron las salidas para incendios, tratando de escapar a aquel infierno.

Inútilmente.

Las esporas estaban ya en todas partes y su número aún seguía en aumento, así como su instinto agresivo.

Nadie podía escapar a ellas. ¡Nadie!

La agresión era implacable, mortífera, definitiva…

Y estaban saciando su hambre en la carne de aquellas personas que, sin poder escapar del garito, iban cayendo víctimas de sus feroces mordiscos, hasta que sus cuerpos se convirtieron en piltrafas sanguinolentas.

* * *

La gran pantalla luminosa mostraba de modo clarísimo los lugares en donde se habían producido los ataques de las esporas, de que se tenía noticia.

Los miembros del Consejo Superior de Ciencias miraban pesarosos cómo iba en aumento el número de los sitios afectados.

El general Willbert se encaró con el presidente del Consejo y, señalando al mapa luminoso, preguntó:

—¿Están al minuto las incidencias?

—Sí, general. En cuanto Comunicaciones recibe una notificación es transmitida a Control para que se registre el ataque.

—¿Conocen ya cual es la naturaleza del enemigo al que tenemos que hacer frente, al que debemos combatir?

El presidente del Consejo, el honorable Kris Taonz, respondió con un leve encogimiento de hombros.

—Desgraciadamente tenemos que confesar nuestra ignorancia a ese respecto. Pero seguimos investigando.

—¡Algo habrá que hacer! —replicó exasperado el general.

—Tranquilícese Willbert. Dejándose llevar de los nervios no se consigue nada. Comprendo que un hombre como usted necesite acción y no se resigne a permanecer cruzado de brazos, pero, en tanto no conozcamos la auténtica naturaleza de esas esporas, no podemos arriesgarnos a emprender una acción que podría resultar contraproducente. Y conste que eso es, precisamente, lo que aconseja

el profesor Xav Halland, la máxima eminencia de nuestro mundo en materia de vida protoplasmática en el espacio exterior.

El general iba a formular otra de sus vehementes protestas, pero el honorable Kris Taonz le cortó con un gesto autoritario.

—No insista, general. Lo único que podemos hacer momentáneamente, es mantener la alerta roja en todo el planeta. Intensificar las medidas de seguridad y protección para evitar que las esporas hagan nuevas víctimas.

El rostro de Willbert se tornó cárdeno a causa de la tensión que el hombre estaba soportando.

—Lo que usted y su Consejo pretende es mucho más que un crimen... ¡Es un auténtico genocidio!

Antes de que el honorable Kris Taonz pudiera protestar por lo que acababa de decirle, Willbert añadió:

—Todos ustedes saben que hay amplias zonas del planeta en donde no puede pensarse que sus malditas medidas de seguridad lleguen a poder aplicarse hasta dentro de unos años. ¿Cómo pretende que se salve la gente que las habita si no se les proporciona siquiera los medios para tratar de defenderse?

—Serénese, general.

—¡Eso es más fácil decirlo que hacerlo, señor presidente!

—Pues tiene el deber de hacerlo, general. Por mucho que le cueste...

—¿Costarme? ¿A mí? —rió sarcàstico Willbert—. No, señor presidente. A quien les va a costar la vida será a esos pobres desdichados que ustedes condenan a permanecer cruzados de brazos, a la espera de que se los coman esas malditas esporas.

El rostro de Kris Taonz se ensombreció al responder:

—Quiero que entienda una cosa, general. Tanto o más que pueda dolerle a usted me duele a mí esta inactividad que nos vemos forzados a mantener... ¡y a exigir!

El presidente del Consejo puso mucho énfasis en las últimas palabras y, sin pestañear siquiera, continuó diciendo:

—A tenor de lo que ha podido comunicarnos el profesor Halland, esas esporas proceden del espacio exterior y son carnívoras. Pero no sabemos si esta condición les viene de su propia naturaleza o porque se trata de una mutación al sufrir el efecto de radiaciones, o por haber asimilado algo que haya causado la transformación. Por eso,

precisamente, por esa ignorancia en que nos encontramos, no es prudente ni conveniente, emplear ningún tipo de arma contra las esporas en tanto no conozcamos su naturaleza.

»¿ Quién nos dice —añadió— que el arma que empleemos no sirva precisamente para convertirlas en más poderosas, más agresivas, o las haga crecer y proliferar de una forma que sea irreversible?

El presidente movió la cabeza, con evidente pesadumbre.

—Sepa usted, general, que todos los científicos están trabajando al unísono en esta investigación en la que sabemos se cifra la continuidad o la desaparición de la raza humana.

—¿Tan grave es la amenaza, señor presidente? —inquirió el general un tanto asombrado.

—No, Willbert: Todavía no lo es... pero puede llegar a serlo.

El general se mordió el labio inferior, sin poner ya ninguna objeción a las palabras del honorable Taonz, quien, por su parte, sin abandonar aquel aire pensativo que le era propio, agregó:

—Afortunadamente disponemos de un elemento de alarma que nos permite salvar algunas comunidades mediante una evacuación a tiempo. Me refiero a la nube en que son transportadas las esporas.

Willbert asintió con gravedad.

—Lo sé, señor. Ya todo el personal a mis órdenes ha sido alertado para llevar a cabo esas misiones de emergencia y colaborar con los servicios de Protección Civil.

—Correcto, general —aprobó Kris Taonz—. De momento lo único que podemos hacer es localizar la o las nubes portadoras de esporas carnívoras. El siguiente paso es seguir su ruta y descubrir cuales pueden ser los lugares donde se dispongan a atacar. De ese modo se dispone de un pequeño margen de tiempo para proceder a la evacuación de la población.

—Bien, señor presidente. Mientras no haya otra cosa continuaremos así.

El general saludó militarmente.

—Gracias por su comprensión y por su colaboración — contestó Kris Taonz, ofreciéndole la mano, que el militar estrechó con firmeza —. Estaba seguro de que podríamos contar con usted y sus tropas.

—Sí, señor presidente.

Y, después de dar un sonoro taconazo, el general se retiró de la

sala de Comunicaciones.

Kris Taonz volvió la mirada al mapa luminoso, en donde un punto más acababa de encenderse.

—¿Dónde se ha producido el ataque esta vez? —preguntó al técnico encargado de las localizaciones.

—En un frenocomio de Dallas. Por lo visto uno de los asilados no soportaba estar encerrado, quizá por ser claustrófobo, y la emprendió a golpes con los cristales de las ventanas. Las esporas penetraron por allí y acabaron con todos los ocupantes del frenocomio.

El presidente frunció el entrecejo y murmuró:

—Cursen la noticia, con la consiguiente advertencia para evitar que se produzca un caso similar en otro sitio. De momento nuestra única arma es el aislamiento o la evacuación. No debemos permitir que nadie cause la muerte de otras personas por ignorancia o mala fe. Gracias a Halland sabemos ya que lo que debe vigilarse es la aparición de las nubes puesto que las esporas no atacan hasta que no se detiene la nube encima de su objetivo. Esa es una ventaja que no estamos en condiciones de desaprovechar.

Todos los presentes convinieron en lo dicho por el presidente del Consejo y volvieron al trabajo interrumpido porque acababa de producirse un nuevo ataque de las esporas, provocado por la acción de un hombre enloquecido.

Sólo Kris Taons continuó frente al mapa luminoso, contemplándolo con creciente pesadumbre, al par que se preguntaba:

—¿Dónde y cuando volverán a matar…?

# CAPITULO VII

Después de hacer sonar el silbato, el capitán Eckley vio como los soldados salían presurosos de los barracones para formar en la explanada, junto a los vehículos alindados.

Mientras formaban los hombres de su compañía, el capitán Eckley miró al puesto de vigilancia e hizo un gesto, como preguntando a los centinelas si todo estaca en orden.

La respuesta fue un gesto afirmativo.

Ya más tranquilo, el capitán observó a la formación. Todos los soldados vestían el uniforme de campaña y as armas reglamentarias. Eckley se fijo también en que varios de los veteranos llevaban además alguna de aquellas armas convencionales, verdaderas reliquias del pasado, de las que los especialistas decían que metían mucho ruido pero que eran de escasa eficacia.

El capitán vio avanzar hacia él al segundo oficial, el cual, cuadrándose ante él, le dio la novedad:

—Formada la compañía al completo, mi capitán.

—¿Sin ninguna ausencia?

—No. Mi capitán.

—Si no me equivoco ayer teníamos dos hombres en la enfermería. Eran bajas por psicosis depresiva, ¿no?

—Sí, mi capitán. Pero eso fue ayer. Hoy se han presentado voluntarios ellos mismos, cuando se han enterado de cómo debemos actuar en los casos de alarma.

—Buenos chicos... —comentó el capitán.

—Sí, señor. Muy buenos. Todos quieren colaborar en la salvación de la raza contra las malditas esporas.

—Bien. Ordene que se distribuyan en los vehículos blindados y

que se inicie la marcha. Nos reuniremos con el resto del convoy en la intersección de las autovías N—5 y A—16.

—Perfectamente, mi capitán.

El segundo oficial saludó con rigidez castrense, y marchó a reunirse con la tropa para impartir las órdenes que acababa de recibir Al instante, los hombres subieron a los blindados y la columna se puso en movimiento.

* * *

—¿Lo tienes todo dispuesto, Sadia?

La doctora Tarfey giró el rostro hacia el jefe de los Laboratorios Experimentales e hizo un gesto de asentimiento.

—Bien. En ese caso procedamos.

Xav Halland alzó el brazo derecho y miró al joven Karter a quien había confiado la dirección del departamento de Metereología tras la muerte del profesor Dadskiof. Le vio hacer un gesto afirmativo y, manteniendo el brazo adelante, se volvió hacia el oficial de Seguridad Zerkog.

—¡Adelante, profesor! —contestó en voz alta el interrogado—. ¡Todo está a punto!

Halland no esperó más y bajó el brazo.

Al instante, un pequeño vehículo fue propulsado al exterior del laboratorio, conducido por un robot provisto de control a distancia, para ser dirigido desde el departamento por el encargado de la sección de Cibernética,

Sin embargo, aunque la salida del vehículo se produjo con una rapidez fulgurante y el cierre de la compuerta se efectuó con idéntica velocidad, eso no impidió que un grupo de esporas penetrasen en el interior del departamento de Meteorología

—¡Atentos a los intrusos! —gritó el oficial Zerkog. No hay que perder de vista a ninguno. ¡Atrapadlos a todos!

Los hombres de Seguridad, provistos de atuendos protectores diseñados por el propio Xav Halland, se convirtieron en cazadores de esporas.

Los monstruos intentaron morder a quines querían cogerlos con vida. Pero los equipos de los policías del laboratorio resistieron a los

mordiscos. Y las esporas quedaron atrapadas, clavadas por sus dientes en las resistentes piezas de cuero con defensas internas de una aleación metálica flexible.

Xav Halland se precipitó hacia los hombres de Seguridad seguido de Karter y de la doctora Tarfey, que llevaban unos recipientes herméticos en los que fueron encerrados las esporas así capturadas.

Luego, una vez concluida aquella primera etapa de su proyecto, los científicos regresaron junto al ventanal para ver qué sucedía en el exterior con el vehículo y el robot lanzado a la terraza del *solarium* para efectuar otro de los experimentos previstos.

—Las esporas lo están ocupando devorando la carne que les pusimos como cebo.

—Así es, doctora —admitió Halland—. Veamos qué harán cuando el vehículo se ponga en movimiento.

Xav hizo una seña al veterano Linz—Ho, el jefe de la sección de Cibernética, y éste procedió a dirigir, desde su puesto de control, al robot que debía mover al vehículo entre las esporas.

Con los rostros pegados casi al ventanal que daba al solarium, Halland, la doctora Tarfey y Karter, no perdían de vista ni un solo detalle de lo que sucedía en el exterior.

El vehículo se movía con lentitud por la terraza, pasando entre las esporas y también por encima de muchas de ellas, ya que constituían una especie de masa densa que lo ocupaba todo.

Karter lanzó una exclamación de alegre sorpresa.

—¡Mire, profesor! ¡El peso de nuestro vehículo aplasta y destruye muchas esporas!

—¡Es cierto! ¡Las que son aplastadas quedan reducidas a poco menos que polvo!

La doctora Tarfey mostró también su alegría al constatar aquel resultado esperanzador.

—¡Ya tenemos un medio para combatirlas!

Halland se volvió hacia ella.

—No hay que cantar victoria demasiado pronto, Sadia.

—¿Por qué no?... Las esporas aplastadas mueren. ¿No es ese un medio para acabar con ellas?

—Sí, claro, pero no es lo bastante eficaz.

Con el ceño fruncido, Halland añadió:

—¿Ha contado cuántas hay ahí fuera?... ¿Qué tiempo nos haría

falta para acabar con todas ellas aplastándolas?

La doctora se mordió el labio inferior en tanto que Halland agregaba:

—Hemos ganado una escaramuza, pero ni tan siquiera se trata de una batalla.

El se volvió para señalar a los receptáculos herméticos donde habían encerrado a las esporas que habían capturado vivas y que retenían prisioneras en su poder.

—Tal vez ésas nos proporcionen datos más interesantes. Por lo menos contamos ya con elementos vivos para estudiarlas con detenimiento. Pongámonos al trabajo y no perdamos más tiempo.

Los tres científicos se disponían a iniciar la investigación proyectada, cuando la voz de Linz—Ho les hizo detenerse en seco:

—¡No se vayan! ¡Vea lo que están haciendo con nuestro vehículo y el robot!

Halland y los otros se volvieron para mirar a la terraza.

Las esporas se habían amontonado delante del vehículo y le impedían el avance. Las ruedas giraban de modo incesante, sin por ello lograr el menor movimiento hacia delante. Y otras esporas estaban asaltando el interior, cubriendo al robot metálico, imposibilitando (también sus movimientos.

—¡Las ruedas han quedado totalmente inutilizadas! — volvió a gritar Linz—Ho.

—Dé marcha atrás —le ordenó Halland.

El cibernético dejó escapar una risita sarcàstica.

—¿Es que cree que no lo intenté antes?... Le dije estoy inmovilizado. No puedo ir ni atrás ni adelante. Las ruedas resbalan encima del polvo formado por las esporas que fueron aplastadas. Es como si nos encontrásemos atrapados en una ciénaga.

El joven Karter lanzó una serie de tacos y maldiciones mientras Halland se volvía hacia la doctora Tarfey, que parecía no dar crédito a lo que veían sus ojos.

—¿Se da cuenta, Sadia?... ¡Era demasiado pronto para cantar victoria!

—Sí, ya lo veo. ¡Y es desesperante!

Xav Halland le paso un brazo por encima de los hombros, en gesto que tenía mucho de protector.

—Se desanima también demasiado pronto, doctora. Y así como

antes le dije que no se hiciera demasiadas ilusiones, ahora le digo que estamos adelantando, pero de todos modos insisto en que la solución a nuestro problemas la tenemos ahí —y volvió a señalar los receptáculos herméticos donde permanecían encerrado los ejemplares de esporas capturados con vida—. De su estudio depende que sepamos la forma de combatirlas. Así que, ¡manos a la obra!

Y, dando el ejemplo, el profesor Halland se hizo cargo de uno de los receptáculos para encaminarse a Laboratorio Experimental, al tiempo que mandaba:

—Conecten el cerebro electrónico para que compute los datos que vamos a proporcionarle.

Varios técnicos corrieron a cumplimentar aquella or den, mientras la doctora y Karter seguían a Hallan para secundarle en su trabajo y proseguir la lucha con tra las esporas.

Todos cuantos se encontraban allí eran conscientes de que el futuro de la raza estaba en sus manos

Una grave, por no decir terrible, responsabilidad

* * *

—¡Mire, capitán! —gritó— el conductor del transporte a cuyo lado estaba sentado Eckley—. ¡Una de esas condenadas nubes avanza hacia Freetown!

—¡Acelere! ¡Tenemos que evacuar a la población antes de que se abra la nube y empiecen a caer las esporas!

El conductor se puso a radiar nuevas órdenes a los componentes de su columna para que le siguiesen a toda velocidad, al tiempo que establecía contacto con la otra unidad situada en la encrucijada de las autovías N—5 y A—16.

—Atentos los de la segunda columna. Habla el capitán Eckley. Una nube se está dirigiendo hacia Freetown. No nos esperen y vayan hacia allá para iniciar la evacuación. Ya saben las instrucciones. Mujeres y niños primero. Los hombres después. Y que los transportes se alejen de la zona de peligro en cuanto se vayan cargando. No esperen a los demás. ¿Me comprenden?… No esperen. ¡Carguen v salgan arreando como locos hasta poner muchos kilómetros entre ustedes y las esporas! ¡No hay tiempo que perder!

Luego, en tono apremiante, añadió:
—Respondan si han captado el mensaje.
Casi de inmediato recibió la contestación:
—Orden recibida. Nos ponemos en marcha. Cierro y corto.
Eckley cortó la comunicación a su vez y respiró aliviado.
«Por lo menos esta vez —se dijo— llegaremos a tiempo de evacuar a esa pobre gente.»
El capitán miró receloso a la nube, cuyo tamaño iba en aumento a medida que progresaba en su avance hacia Freetown.
Dentro de los transportes la tensión se estaba elevan do al máximo a medida que se acercaban a su objetivo. Los hombres se mostraban ceñudos y preocupados. Quien más quien menos pensaba en sus seres queridos y temían que pudiesen encontrarse en peligro, sin que hubiera nadie cerca para prestarles ayuda, como iban a hacer ellos con los habitantes de aquella ciudad.
Uno de los soldados, que había salido de la enfermería para incorporarse a la tropa como voluntario, se asomó para ver donde estaba la nube.
—¡Llegaremos tarde...! —exclamó.
Los demás no dijeron nada, encerrándose en un mutismo tan absoluto como hostil.
El otro insistió en su apreciación pesimista, hasta que el suboficial de aquel transporte le gritó:
—¡Cierra el pico de una vez!
—¿Le molesta que diga la verdad?
—Me molesta que seas un derrotista. Para eso podías haberte quedado en la enfermería y seguir cazando moscas.
—¿Cazando moscas? —repitió el soldado que, ya francamente agresivo, añadió—: ¡No estoy loco!
—Pues lo pareces.
El suboficial no llegó a decir más porque el soldado se le arrojó encima, golpeándole y empujándole fuera del transporte. Los dos cayeron a la autovía y rodaron por ésta sin poder evitar que el transporte siguiente los arrollase y pasara por encima.
Al darse cuenta el conductor de lo que acababa de hacer, frenó instintivamente para ir a prestar ayuda a sus camaradas, sin fijarse en que con aquella maniobra, al sorprender al hombre que manejaba el siguiente transporte, iba a provocar un choque.

Los dos vehículos toparon violentamente y mientras uno era despedido fuera de la autovía, el otro quedaba atravesado, provocando un nuevo choque y el consiguiente embotellamiento.

—¿Qué pasa ahí detrás? —preguntó Eckley al escuchar los fuertes impactos de los topetazos entre los transportes.

El capitán se asomó para ver qué pasaba y, al descubrir el embotellamiento y ver un vehículo caído fuera de la autovía, comenzó a maldecir enfurecido.

Un suboficial le informó por radio de lo que acababa de suceder y Eckley se apeó de su transporte, para ir al lugar del accidente y calibrar la magnitud del desastre.

—¿Qué bajas hemos sufrido? —preguntó al suboficial.

—Cinco muertos y catorce heridos, de los cuales hay tres muy graves.

Eckley volvió a maldecir y, señalando luego al transporte de cola, ordenó:

—Carguen en ese vehículo los muertos y heridos. Que regresen inmediatamente a la base.

Mientras el suboficial corría a ejecutar su orden, Eckley se dirigió al resto de la tropa:

—Colaboren todos para apartar de la autovía a los transportes averiados que están obstaculizándola. ¡Dense prisa! ¡No podemos continuar aquí más tiempo! ¡Nos necesitan en Freetown!

El capitán Eckley estaba convencido de lo que decía y por eso siguió acuciando a sus hombres para que se despejara la autovía cuanto antes. Pero, embebido en aquella tarea, olvidó la necesidad de vigilar la nube, a la que creía dirigiéndose sobre la ciudad. Su costumbre de mandar y tomar decisiones rápidas le hicieron olvidar aquel detalle.

Un detalle que tal vez podría parecer pequeño pero que, dadas las circunstancias, era de importancia fundamental, porque la nube se estaba desviando ya de su ruta inicial.

La nube no proseguía su avance sobre Freetown.

De la ciudad estaban saliendo disparados los transportes cargados con los evacuados, alejándose de Freetown por rutas distintas para escapar más deprisa y ofrecer un blanco menor.

Ahora la nube marchaba hacia el punto de la autovía en dónde se había producido el accidente.

Paulatina e inexorablemente.

Era como si las esporas, desde el interior de la nube, hubiesen descubierto que, así como en Freetown ya no tenían nada que hacer, en aquel otro lugar iban a encontrar víctimas abundantes en las que saciar su voracidad.

Allí habla unos seres humanos que, por causa del accidente, se acababan de poner ellos mismos a merced de las esporas.

Y la nube se cernió sobre los inmovilizados transportes, para abrirse antes de que nadie se diese cuenta del peligro que les amenazaba hasta que fue tarde para escapar.

Demasiado tarde.

Las esporas cayeron en tromba sobre los hombres que empujaban uno de los transportes pugnando por sacarlo de la autovía. Sus cuerpos voraces cubrieron a las víctimas de inmediato.

Los gritos y alaridos de los hombres anunciaron la hecatombe.

Eckley comprendió, demasiado tarde, el error que había cometido al descuidar la vigilancia de la nube, cuyos mortíferos ocupantes les habían pillado por sorpresa.

—¡Utilizad las armas! —gritó tratando de arrancar de su cuerpo varias de las mordientes esporas y empuñando su pistola lasser para dar el ejemplo a sus hombres—. ¡Fuego a discreción!

Los soldados obedecieron empujados por el instinto de la supervivencia.

¡Y el horror aumentó de magnitud!

Con los ojos desorbitados, Eckley vio que las esporas alcanzadas por los disparos de las armas lasser, no sólo no eran destruidas como él había esperado, sino que crecían desmesuradamente.

——¡No!... ¡Eso no!... ¡Noooo!

Y él mismo se convirtió en simple bocado para uno de aquellos monstruos que había contribuido a forjar.

El conductor del vehículo de Eckley, al ver lo que sucedía en torno a los transportes, a pesar de que también él estaba siendo devorado por las esporas que habían entrado en su cabina, agarró el transmisor y abrió las comunicaciones para informar al mando.

—El capitán Eckley ha muerto y también... muchos de los nuestros camaradas... Las esporas alcanzadas... por los disparos de los lassers... crecen y crecen hasta convertirse en monstruos enormes... Varios soldados usan las viejas... armas convencionales...

¡Y las destruyen!... ¡Sí! ¡Las hacen estallar!... El lasser no vale..., las balas de los antiguos sí...

* * *

El mensaje había sido recogido y transmitido al Laboratorio Experimental, al Puesto de Mando del general Willbert y al Consejo Superior de Ciencias.

Las últimas palabras de aquel hombre, un moribundo mientras las pronunciaba, tenían todo el valor de un testimonio irrefutable.

Del Consejo Superior partió inmediatamente una orden al general Willbert: la prohibición total y absoluta de utilizar las armas modernas. Ya estaba demostrado que las radiaciones aumentaban el tamaño de las esporas.

Willbert lo entendió, limitándose a rezongar:

— A las esporas que han crecido podremos eliminarlas a tiros, con las armas de los antiguos. Pero a las que son aún de pequeño tamaño... ¡es imposible cazarlas y aniquilarlas a balazos!

Y golpeó la mesa de su despacho con la furia que le originaba el saberse impotente para combatir a aquel enemigo.

# CAPITULO VIII

Después de haber escuchado una vez más el último mensaje del conductor de aquel transporte, y de haber examinado nuevamente los datos proporcionados por la computadora respecto a las esporas vivas, que seguían encerradas en los receptáculos, Xav Halland movió la cabeza con gesto pesaroso.

—No veo là forma de eliminar a las esporas... ¡No encuentro la solución!

Al oírle, la doctora Tarfey curvó sus hermosos labios en una mueca. Pensó que si él perdía la esperanza del triunfo no habría nadie en condiciones de hallar un medio para acabar con el peligro que amenazaba a la raza humana.

Saida se acercó al ventanal y miró al exterior.

Las esporas continuaban allí, a cientos, por millares, acechando, como si supiesen que ellos —los humanos— no tendrían más remedio que acabar sucumbiendo, convirtiéndose en su pitanza.

La mujer se estremeció de horror.

Linz—Ho fue hacia su jefe y, sin demasiado convencimiento, propuso otra intentona con un vehículo teledirigido.

—¿Qué conseguiríamos con eso, Linz? —replicó el director de los Laboratorios Experimentales—. Lo perderíamos como el primero.

—Había pensado proveerlo de rodillos en vez de ruedas. Haría una especie de apisonadora.

Halland frunció el entrecejo y murmuró:

—No creo que dé resultado, pero vale la pena probarlo.

El semblante aceitunado de Linz—Ho se iluminó al oír aquella respuesta.

—Me pondré a trabajar ahora mismo.

Xav Halland hizo un gesto de aprobación.

—De acuerdo — dijo —. Mientras tanto yo iré a mi alojamiento para descansar un rato. Me parece que he olvidado lo que es cerrar

los ojos y dormir a piernas suelta.

Karter rezongó a su vez:

—Creo que eso nos pasa a todos, señor. Desde hace días no hemos parado de trabajar.

—Sí —convino Halland—. Nos hemos mantenido despiertos a base de estimulantes. —Luego, en tono reconcentrado, añadió—: Quizá sea por eso, por la tensión creada por un esfuerzo tan prolongado, que no somos capaces de resolver el angustioso problema que nos aqueja.

El joven Karter hizo una mueca, que expresaba su incredulidad sobre aquel respecto, pero replicó:

—Es posible que tenga usted razón, profesor.

El jefe del departamento de Meteorología se volvió entonces hacia Linz—Ho y preguntó:

—¿Me necesita para algo? ¿Puedo ayudarle de algún modo?

—No, gracias. Vaya también a descansar.

—Si me necesita me quedo —insistió Karter.

—Me o asta con la gente de mi equipo. No se preocupe y duerma un poco. Lo necesita.

—Usted también...

Linz—Ho sonrió al par que se encogía de hombros.

——No le diré que no, pero yo tengo algo que hacer y eso me mantendrá despierto.

—Bueno, en ese caso, me retiraré hasta que usted tenga dispuesta la próxima prueba.

—Vaya tranquilo. Les avisaré a todos ustedes.

Sin insistir más, Karter abandonó el departamento retirándose a su alojamiento.

Linz—Ho se encaró entonces con el jefe de los Laboratorios Experimentales y le dijo:

—Váyase también usted, Halland. No se quede para ver cómo trabajo. ¿No dijo que había olvidado lo que era dormir? Pues váyase y duerma hasta que le avise. . Le garantizo que asistirá al triunfo... o al fracaso.

—Confío que será lo primero, Linz.

—Yo también, profesor.

Halland se disponía ya a retirarse cuando se fijó en que la doctora Tarfey se había quedado adormilada, de bruces sobre su mesa de

trabajo.

—¡Pobrecilla! ¡También ella está exhausta!

Linz—Ho asintió con un gesto y dijo:

—Mándela también a la cama.

—Eso era, precisamente, lo que pensaba hacer.

Halland se acercó a la doctora y la zarandeó suavemente por los hombros para que despertara.

—Vamos, Saida. Tiene que dormir un poco... pero… en su cama.

Ella parpadeó sorprendida.

—Me quedé traspuesta... Lo siento, profesor.

—Por favor, no se excuse. Todos estamos agotados y usted no puede ser ninguna excepción. Karter ha ido ya a acostarse un rato y yo pensaba hacer lo mismo. ¿Por qué no nos imita?

La doctora miró interrogativa a Linz—Ho, que sonrió ampliamente al decirle:

—No se preocupe por mí. Haré el trabajo y cuando haya terminado, si sale bien, podré descansar un rato. Pero ahora duermen ustedes. Aquí no pueden servirme de nada,

—Bueno... si insiste —replicó ella, poniéndose en pie.

—Insiste él y yo también — dijo Halland cogiéndola del brazo—. Vamos, la acompañaré a su alojamiento.

Y ambos salieron de allí, seguidos por la mirada irónica de Linz—Ho, el cual pensó que quizá no descansarían tanto como habían pensado si continuaban juntos en vez de acostarse por separado.

«De todos modos —se dijo el cibernético para su capote—, los antiguos solían decir que la mujer es el reposo del guerrero, y la doctora Tarfey, aparte de ser una belleza, lo que la cualifica como el reposo idóneo, ve en Halland al más valiente de todos los hombres, como a un guerrero de los pies a la cabeza, lo que hace que si éste se lo propone ella no trate de resistirse. Saida le admira por ser un hombre empeñado en una lucha tan terrible como grandiosa.»

La idea de aquella lucha apartó de la mente de Linz— Ho todo lo concerniente a la pareja que acababa de salir del departamento de Cibernética, poniéndose a pensar tan sólo en la tarea que se había asignado a sí mismo.

* * *

Mientras iban a la zona de los alojamientos, Saida y el profesor Halland comentaban las posibilidades del plan concebido por el cibernético.

—¿Cree que dará resultado lo de su apisonadora?

Xav se encogió de hombros al responder:

—Eso sólo podrá saberse cuando lo hayamos experimentado.

—¡Usted siempre tan pragmático!

—Hemos de ser realistas, Saida.

Ella le miró a los ojos.

—No tiene mucha confianza en el plan de Linz—Ho, ¿verdad?

—Si debo ser sincero le diré que, efectivamente, no creo que dé buen resultado.

—¿Por qué no?

—Lo ignoro, pero dudo que valga.

—La idea me parece buena —objetó ella.

Halland soltó un bufido.

—También nos lo pareció la anterior y ya sabe lo que sucedió entonces. Enjugamos un rotundo fracaso.

—Pero fue porque utilizamos un vehículo con ruedas. Aplastaban a las esporas hasta que consiguieron éstas inmovilizarlas. A emplear rodillos y actuar como apisonadores el resultado puede ser totalmente distinto.

—Es posible, sí, pero...

Halland dejó la frase en suspenso.

Habían llegado al alojamiento de la doctora y ésta abrió la puerta, pasando luego al interior al tiempo que decía:

—¿Por qué no termina lo que estaba diciendo?

—No tiene demasiada importancia y... ya está usted en su habitación. Necesita dormir. ¿Lo ha olvidado?

—Ahora vuelvo a estar despejada.

—Pero necesita descansar —insistió él, que no pudo resistir la tentación de mirarla apreciativamente de pies a cabeza, deteniéndose sus ojos en las turgencias de su busto.

—Quizá necesito más un poco de esperanza, de ánimos..., seguir hablando.

Los ojos de ambos estaban mirándose con fijeza.

Hablando... sin necesidad de palabras.

Xav se acercó a la mujer y abrió los brazos para estrecharla con

ellos. Sadia no sólo no se resistió sino que pareció refugiarse en el hombre, apretándose contra su pecho. Luego, ella alzó la cabeza y entreabrió los labios, ofreciéndolos a la caricia de su boca.

Halland la besó. Una y otra vez.

Al hombre le parecieron deliciosamente jugosos aquellos labios que se apretaban contra los suyos.

Los cuerpos también se apretaban, como si trataran de fundirse el uno en el otro.

Siguió un beso más largo e intenso que los anteriores.

Después, mientras continuaban acariciándose fueron desnudándose mutuamente, y sin romper el abrazo que les unía, cayeron juntos en el lecho que se les ofrecía acogedor.

* * *

Apoyada sobre el codo, ella preguntó:

—¿Qué te sucede, Xav? ¿En qué piensas?

El pareció regresar de muy lejos.

—Pensaba en las esporas.

—Eso no es muy galante para mí.

—Es que siento algo en mi interior que me dice que tengo la solución a mi alcance, pero no alcanzo a descubrirla.

Saida no dijo nada y le miró fijamente.

La cara de Halland expresaba la preocupación que embargaba a éste. Y ella —cosa curiosa tratándose de una mujer— no se sintió menospreciada por el hecho de pensar en las esporas en vez de desear poseerla otra vez.

Quería abrazarle, quería besarle, ser suya una vez más…

Pero, viéndole tan concentrado en sus pensamientos, no le dijo lo que deseaba.

El volvió a hablar:

—Sé que tengo la solución… y que está en relación con algo que he oído… ¿pero qué?

Ella continuó mirándole, en silencio.

De pronto, a través del altavoz, les llegó la voz de Linz—Ho que reclamaba la presencia de la doctora, de Karter y de Halland.

—Lo tengo todo listo. Ya pueden venir al departamento.

Ella sonrió al levantarse de su cama.

—¿Se imaginará que estamos juntos?

Xav hizo una mueca al contestar.

—Con Linz—Ho nunca se sabe... Pero es curioso que no nos haya llamado uno por uno.

—Entonces eso indica que debe haber imaginado lo que ha sucedido. ¿No crees?

—Puede que sí. Es un hombre imprevisible.

Saida ya se estaba vistiendo y él tardó escasos minutos en hacer otro tanto. Salieron juntos del alojamiento de ella y una vez en el corredor marcharon como dos colegas y no como dos personas que acabasen de hacer el amor.

A fin de cuentas eso es algo que no se nota a simple vista, a menos que se trate de alguien que sea un lince, como el cibernético por ejemplo, ya que al verles entrar en el departamento sus ojos le brillaron maliciosos a la vez que comprensivos.

—Sitúense junto al ventanal —dijo Linz—Ho—, Desde ahí podrán verlo todo.

Karter entró en aquel instante e imitó a los otros.

El cibernético se volvió hacia uno de sus ayudantes y le hizo una seña. Unos segundos después, el nuevo vehículo era proyectado al exterior, en parecidas circunstancias como se efectuó el primer lanzamiento, apresando los de Seguridad a las pocas esporas que pudieron introducirse en el departamento.

—¡Avance a toda máquina! —gritó Linz—Ho, que fue obedecido por su ayudante, manipulando el mando que accionaba al robot tripulante del vehículo apisonadora.

—¡Está destrozando a las esporas igual que la otra vez! —gritó Karter.

—Sí, pero ahora no va a inmovilizarnos —replicó Linz—Ho—. O por lo menos así lo espero.

El cibernético gritó entonces a su ayudante:

—¡Marcha atrás!... ¡Y un giro de noventa grados a la derecha!... ¡Seguiremos aplastándolas y reduciéndolas a polvo!

La doctora Tarfey y Halland miraban fascinados el espectáculo que ofrecía la potente apisonadora, destrozando esporas con los rodillos, mientras Linz—Ho gritaba entusiásticamente:

—¡Funciona!... ¡Las esporas quedan reducidas a polvo!... |Con

esto no, crecen como con el lasser!

De pronto se oyó la voz de Halland.

—¡Ya está!... ¡Eso era lo que se me escapaba!

Saida se volvió para mirarle, interrogativamente.

—¡Sí! —gritó él—; ¡Ya tengo la solución que buscaba!

Todos se giraron hacia él sorprendidos.

Irradiando alegría y entusiasmo por todos los poros de su piel, el jefe de los Laboratorios Experimentales Merircourt apoyó una mano en el hombro de Linz—Ho diciéndole:

—Deje que su ayudante continúe manejando la apisonadora. Que siga haciendo lo que usted indicaba. Movimientos rápidos en todas direcciones para seguir aplastando y destrozando las esporas.

—¿Y qué más? —inquirió el cibernético, convencido de que allí no podía terminar todo.

—El no hará nada más que eso, pero nosotros... ¡vamos a trabajar en serio y poner en marcha la destrucción definitiva de las esporas!

Y, ante la expectación de todos los presentes, Xav Halland añadió:

—Me propongo realizar otro experimento que confío nos dará el resultado que apetecemos. Será el fin para las esporas que están en esa terraza... ¡y el de todas las demás!

Los ojillos oblicuos de Linz—Ho parecieron empequeñecerse al mirar con fijeza a Halland.

—¿Está seguro de lo que dice, profesor?

—Nunca lo estuve más de una cosa. Pero, de todos modos, antes de comunicar la solución al Consejo Superior y al general Willbret para que mi plan se ponga en práctica, quiero hacer un experimento, el último, que me demuestre que estoy en lo cierto.

Presionando con su mano el hombro de Linz—Ho, el jefe de los laboratorios agregó:

—Les explicaré lo que vamos a hacer...

Y con voz clara y pausada, con toda firmeza y seguridad, Xav Halland explicó lo que había ideado.

Al finalizar la exposición de su plan, Halland miró las caras de los circunstantes.

—El plan entraña unos riesgos indudables —comentó Zerkog, el jefe de Seguridad de los laboratorios —. Pero creo que, efectivamente dará resultado.

—Celebro que comparta mi seguridad —dijo Halland—. Y ahora

dígame si dispone aquí de las armas que necesitamos.

Zerkog sonrió al tiempo que respondía afirmativamente.

—Las tenemos, profesor. Por suerte para todos nosotros, uno de mis hombres es un coleccionista de armas antiguas.

—¿Y están en condiciones de funcionar?

—Sí, profesor. Las conserva en perfecto estado. Como si acabaran de salir de fábrica.

—En ese caso —terció Karter—, ¿a qué estamos esperando para poner manos a la obra?

Zerkog hizo una leve inclinación de cabeza y respondió:

—Sólo espero que el profesor Halland me confirme las órdenes para proceder a su inmediata ejecución.

El jefe de los laboratorios dio la orden que se le requería y mientras Zerkog iba a cumplimentar su parte en el plan, Linz—Ho reunió a todo el personal a sus órdenes para preparar los nuevos vehículos que ahora iban a entrar en funcionamiento.

# CAPITULO IX

La nube negra permanecía en el cielo, como meciéndose encima de los Laboratorios Experimentales Mericourt.

La masa de esporas continuaba rodeando las edificaciones principales y también las auxiliares.

El vehículo—apisonadora, manejado por el robot que era dirigido a distancia por control remoto, continuaba aplastando y pulverizando esporas, habiendo producido una disminución del número de éstas casi inapreciable.

Sin embargo, en el interior de los laboratorios, Halland y los suyos se mostraban eufóricos al ver los dos nuevos vehículos preparados por Linz—Ho y armados por Zerkog, tal y como les había mandado hacer su jefe.

—¿Todo a punto para efectuar los lanzamientos? — preguntó Halland al cibernético.

—Sí.

Tras aquella escueta respuesta, Halland se volvió hacia Zerkog inquiriendo:

—¿Dispuesto el personal y los receptáculos para apresar a las esporas que pueden penetrar en este recinto?

—Están preparados, profesor.

Y, señalando a los hombres de Seguridad, que formaban una especie de doble cordón, añadió:

—Ni una sola espora atravesará esta barrera.

—Perfectamente —dijo Halland,

Luego de indicar que quienes habían de observar el experimento ocupasen sus puestos, Xav Halland gritó la orden definitiva:

—¡Adelante! ¡Al ataque!

Casi simultáneamente los dos vehículos—apisonadora armados de modo diferente, fueron lanzados al exterior.

Linz—Ho pasó a dirigir la maniobra y los movimientos de los vehículos en la terraza, mientras los de Seguridad atrapaban a las

pocas esporas que habían penetrado en el departamento.

Halland aguardó a que Zerkog le informase que no había ninguno de aquellos monstruos dentro del edificio. Luego, dominando una ligera vacilación, ordenó:

—¡Disparen los lassers!

El vehículo provisto de aquellas armas, que se había adelantado al otro, comenzó a disparar contra las esporas.

Las que habían sido alcanzadas crecieron de modo desmesurado, convirtiéndose en monstruos de casi dos metros de diámetro.

En ese mismo instante, Halland volvió a gritar una orden:

—¡Fuego con las armas antiguas!

El segundo vehículo se movió hacia delante, mientras de él partían ráfagas de dos viejas ametralladoras, accionadas por los robots que dirigían a distancia los ayudantes de Linz—Ho.

Las balas abrieron líneas de agujeros en los cuerpos de las esporas agigantadas.

Los monstruos se detuvieron, inmovilizados, en tanto que un líquido verduzco brotaba de su interior, desparramándose por el suelo y bañando a las esporas pequeñas, que se encontraron sumergidas en aquella masa viscosa.

—¡Sigan disparando con las ametralladoras! —vociferaba Zerkog a los cibernéticos—. ¡Acribillen a esos monstruos!

Eufóricos y satisfechos por el resultado que se estaba obteniendo, los ayudantes de Linz—Ho lo hubieran hecho igualmente aunque no se les hubiese dado la orden.

Halland gritó a continuación:

—Alternen los disparos de unas armas y de las otras. Pero sin exagerar con los lassers. Hemos de estar seguros de que las ametralladoras siguen liquidando a las que crezcan, antes de continuar y que su número crezca en demasía.

La medida era prudente y conveniente.

Los lassers provocaban el crecimiento de unas esporas que, a los pocos segundos eran alcanzadas por las armas de fuego, aniquilándolas por completo.

Y así sucesivamente.

Durante una hora, y otra, y una tercera.

Hasta que la terraza de los Laboratorios quedó totalmente limpia de esporas.

Después la limpieza prosiguió por todo el recinto exterior. Linz—Ho había aprovechado el tiempo preparando nuevos vehículos, dotados de aquellas armas ofensivo—defensivas. Y cuando la nube vació todo su contenido de esporas, éstas fueron aniquiladas a su vez. Total e inexorablemente.

Y la nube, desaparecido de su serio el cargamento mortífero, volvió a ser blanca.

* * *

Los rostros de los miembros del Consejo Superior de Ciencias expresaban idéntico asombro y desconcierto.

También el general Willbert no llegaba a creer lo que estaba escuchando a través del amplificador.

Como previendo aquella reacción, Xav Halland anunció:

—Sé que les costará admitir que esta es la solución idónea para la amenaza que cayó sobre nuestro mundo. Pero no sólo hemos limpiado de esporas toda la zona que rodea a los Laboratorios Experimentales, sino que en estos momentos una columna, mandada por el jefe de Seguridad, Zerkog, avanza en esa dirección eliminando a todos los enemigos que encuentran a su paso.

Halland hizo una pausa y añadió:

—Cuando Zerkog se reúna con ustedes tendrán la más evidente demostración de que mis afirmaciones son correctas. Espérenle... Ya no tardará en llegar.

«Entonces, general Willbert —siguió diciendo el jefe de los Laboratorios Experimentales—, podrá pasar usted a la acción. Le garantizo un triunfo total y absoluto.

Halland no llegó a oír el grito de entusiasmo que lanzó el general cuando, pronunció las últimas palabras. Aquél había cortado la comunicación y se volvía radiante hacia Saida, que le sonreía como una mujer enamorada.

—Hace muchas horas que nos interrumpió Linz—Ho — dijo a la mujer, que hizo un gesto de asentimiento.

—Te llamaba el deber y cumpliste.

—Pero no cumplí contigo como debía.

—Salvaste a la raza humana de la aniquilación. ¿Qué más

quieres, Xav?

—Te quiero a ti.

Saida se acurrucó contra su pecho y susurró:

—A mí ya me tienes. Además...

—Además, ¿qué?

Ella le miró a los ojos con cierta picardía.

—Linz—Ho me dijo algo que me pareció muy interesante.

—¿Una teoría de las suyas? —preguntó él un tanto molesto.

—No es una teoría, sino una cosa que decían los antiguos... y que creo muy puesta en razón.

—Acaba de una vez. ¿Qué es?

—Dice que los antiguos sostenían que la mujer es el descanso del guerrero.

Halland la miró con asombro.

—¿Y qué tiene eso que ver con nosotros?

—Yo soy mujer...

—Sí, pero yo soy un científico y no un guerrero.

Saida le acarició sonriente y dijo mimosa:

—Te equivocas, cariño. Para mí tú eres el guerrero más valiente que ha habido en la Tierra desde hace muchos siglos. ¿O es que no acabas de librar una gran batalla y salvado a la humanidad?

El la estrechó con fuerza.

—Si de veras lo piensas así...

—Claro que lo pienso —contestó Saida—, Y estoy deseando que el gran guerrero que eres repose en mí.

Naturalmente, a una invitación como aquella no podía resistirse un hombre como Xav Halland, enamorado de la bella doctora, que se convirtió en el reposo del valiente guerrero que había puesto fin a la invasión de las esporas.

**FIN**

## Colección DOBLE JUEGO

*Editorial Ceres le ofrece la colección de novelas DOBLE JUEGO, que es única en su género. Los mejores autores le brindan ternas apasionantes mostrando que el deporte es nobleza e idealismo, pero que en él caben también la violencia, la sangre y la corrupción.*

## TÍTULOS PUBLICADOS

1. EL TRASPASO, Alex Simmons
2. LA GLORIA O LA MUERTE, Lou Carrigan
3. EL DOBLE ROSTRO DEL DEPORTE, Rocco Sarto
4. DERBY, Curtis Garland
5. CARRERA HACIA LA MUERTE, Alan Parker
6. CAMINO A LA OLIMPIADA, Alex Simmons
7. CON LOS GUANTES. POR DELANTE, Joseph Berna
8. EL DESAFIO, Rocco Sarto
9. DROGAS Y... ¡GOL!, Alan Parker
10. EL MAKIMONO, Lou Carrigan
11. A BRAZO PARTIDO, Lucky Marty
12. ¡EN GUARDIA!, Alex Simmons
13. DUELO ENTRE DELFINES, Joseph Berna
14. TIRADORES DE ELITE, Lou Carrigan
15. CON LA MUERTE EN LOS PUÑOS, Sven Martz
16 .LA GRAN JUGADA, Lucky Marty
17. EL ALIENTO DEL KIAI, Lou Carrigan
18. COMPETENCIA MORTAL, Rocco Sarto
19. ¡RIVALES EN LA DELANTERA!, Alex Simmons
20. EL TESTIGO, Elliot Dooley
21. SU PRIMER TONGO, Lucky Marty
22. CADA HOYO UN MUERTO, Alan Parker

23. PARIS—DAKAR, RAILLY DE LA MUERTE, Curtís Garland

24. MATCH—BALL, Lou Carrigan

25. JUEGO SUCIO, Alex Simmons

## TITULOS DE PROXIMA APARICION

26. CARNE DE RING, Lucky Marty

27. INMERSION PELIGROSA, Red Walker

28. LA PAREJA INVENCIBLE, Joseph Berna

29. EL ULTIMO TANTO. Alex Simmons

30. EL TOUR DE LA DROGA, Alan Parker

---

Si le interesan algunos de estos títulos, pídalos en su kiosco o librería habitual. En caso de no encontrarlos escriba a LIBRESA, Durán y Borrell, 24—26, Barcelona—23, remitiendo su importe en sellos o por medio de giro postal.

**EDICIONES CERES, S.A.**

**Apartado de Correos, 9.142 Barcelona**

**Precio en España 60 Ptas.**

Impreso en España - Printed in Spain.